



LA CHICA DE LA IRA
y otros relatos

Sonia Molinero

LA CHICA DE LA IRA

Y otros relatos

Sonia Molinero Martín

Copyright © 2020 Sonia Molinero Martín

Todos los derechos reservados.

Foto portada: @xusenru (Khusen Rustamov)

A mi hija Eimy, con todo mi amor.

BEBERSE EL MIEDO

«Bendito seas. Por siempre», pensó. Y dio un trago tan largo que casi se ahoga. Todas las mañanas lo mismo, el mismo proceso antes de salir de casa. Ducharse, vestirse, comer algo rápido, con desgana, coger sus cosas y antes de cruzar el umbral de la puerta, dar un buen trago de cualquiera de sus licores salvavidas. Estaba enfermo y en el más recóndito hueco de su miserable ser, lo sabía. Era un conocimiento antiguo, desgastado, sin ningún interés para él en la actualidad. Cuando llegaba a sentirlo, a sentirlo con profunda honestidad, sonreía cansado y convencido de que si lo intentaba de nuevo, volvería a fallar. Habían pasado ya tres años desde su recaída y no había noche que no lo pensara. Pero estaba harto de sí mismo, de repetirse la misma historia una y otra vez, a cada vuelta en la cama, a cada pesadilla que le dejaba sudoroso y extasiado antes del amanecer. «Sí, soy alcohólico, pero no quiero dejar de beber ahora, lo necesito. Llegará el momento, llegará un día que...» Y esos puntos suspensivos, le mantenían convencido de que efectivamente llegaría un día en que tuviera los suficientes cojones como para beberse el miedo y pasar página.

Casi todo el mundo tiene en la cabeza que lo normal es que un alcohólico tenga una vida precaria, dura, difícil y poco llevadera. Que viva en soledad, con problemas económicos o con la familia. Pero la realidad no es esa. Un hombre como Santiago lo tiene todo. Tiene fama, tiene una gran carrera, tiene una bella mujer e hijos, una gran casa y un coche a la altura de las circunstancias. Y por encima de todo tiene algo que le une a cualquier otra persona con su mismo problema. Tiene miedo.

—¡Marina! Soy yo. Ve preparando la documentación para la reunión como te expliqué ayer. Avisa a los japoneses, ya estoy llegando —montado en su coche vuelve a dar un trago a la pequeña petaca que lleva en uno de sus maletines.

Después, y como siempre, la pastilla que su buen amigo el Dr. Aguado le recetó para el mal aliento. Aquella mañana lluviosa no iba a ser menos, tenía que estar a tope para ofrecer su mejor versión en la sala 36, repleta de desconocidos. Ya en la oficina, el café que Marina posaba en sus manos con avidez, completaría el ritual antes de la reunión.

Fue un éxito rotundo, salió a medio día de allí con los bolsillos más llenos que nunca y con una sed primitiva que sabía que le iba a costar calmar. Lucía un sol esplendoroso. Todos estaban esperándolo en la azotea del hotel para celebrarlo como merecía la ocasión. Incluso su mujer se acercó por allí con un par de amigas y compañeras del despacho. Vino, cava, champán, whisky, ron, ginebra, de todo de la mejor calidad, para acompañar mariscos, pescados y succulentos caprichos carnívoros que les llevarían de la mano, más que satisfechos, hasta bien entrada la madrugada. Eran unas cincuenta personas bailando sobre un emblemático edificio de una ciudad que no podía dormir. Y entre todas ellas, una, quería beberse todo lo que estaba a la vista. Quería olvidar quién era, seducir a la muerte, tentar a su buena suerte y abandonarse a esa sensación de plenitud sin límites. Aunque sabía que aquello duraría poco, en unas horas viviría sin remedio la

caída más mortal, su temida cuesta abajo. Y eso es justo lo que pasó.

El hoyo era cada vez más profundo y lo veía venir antes. Ya no le era suficiente con firmar un contrato millonario de una punta a otra del mundo, o tener una intensa vida social. Tampoco la sensación ocasional, casi forzada, de vivir completo, de tenerlo todo por tener amor. ¿Tenía de verdad amor? ¿Por qué él no sentía eso? ¿Por qué no le servía de consuelo en momentos así? Ahora solo quería dormir sobre una cama que no fuera la suya, con otro «yo» que no le representara a él y que al mirarse en el espejo tras vomitar, no le sonriera amargamente desde el otro lado para darle las buenas noches y gritarle en toda la cara un: «no eres nadie tío, estás acabado».

Amaneció solo en una cama desconocida. Recogió sus cosas de inmediato y se dio a la fuga lo más rápido que le permitió su resaca. Lo único que tenía claro es que era sábado y que no tenía que ir a la oficina. Bien, eso era suficiente para empezar. Poco a poco, las lagunas en las que nadaba profundamente a medida que conducía por la autovía, se iban calmando. Una sonrisa borrosa aquí y cuatro palabras allá, unas llaves en la mano, un mensaje antes de cerrar los ojos, iban apareciendo en su cabeza situándole en lo que fue el final de una noche para olvidar. Todo el mundo estaría saboreando el éxito de aquella operación redonda, pero él no. Quizás tuvieran un ligero dolor de cabeza por haber tomado alguna copilla de más, él quería morir. De nuevo, se sentía hundido y avergonzado. Miró su teléfono con miedo, pero antes de abrir el mensaje de su mujer, un trago. Cuando sostuvo la petaca en la mano se miró en el espejo retrovisor, pero no vio a nadie. Contuvo la respiración por unos instantes y entrando en pánico, echó la cabeza hacia atrás para sentir bien cómo bajaba el nudo de la garganta, empujado por el mágico elixir de su pequeña botella. Pero aquella vez, no bajó. Todo salió disparado por la ventanilla abierta y le dejó atemorizado. Paró el coche en el arcén en cuanto pudo y se puso a llorar. Había pasado resacas peores que aquella pero era la primera vez que un trago se le resistía. ¿Habría llegado el momento? ¿La vida le había sentenciado con un «basta ya» alto y claro? Eso parecía. Volvió al móvil, con los ojos furiosos envueltos en lágrimas. Su mujer le había dejado un mensaje que apenas podía leer y decidió cerrarlos por unos momentos. Imaginó lo que ponía y lloró con más potencia; creyó que sería el punto y final de una vida llena de lujos y desfases por su parte, de un sube y baja continuo que le llevaba inconsciente por una vida familiar por la que pasaba siempre de puntillas. Las lágrimas ahora eran un torrente incontrolable, salvaje, que se deslizaba por su cuello y le empapaban la camisa pringada de borracho trasnochado que aún llevaba puesta. Se había levantado vestido, eso lo recordaba claramente. Arrancó el coche con furia y decidió parar en la primera gasolinera que encontrara.

Un señor altísimo y peludo le saludó desde el surtidor de al lado. No tenía ni la más remota idea de quién era. No le devolvió el gesto, se giró extrañado hacia el coche que había dejado mal aparcado encima de un bordillo mordisqueado. Sacó de atrás su maleta de viaje y la arrastró lentamente hasta llegar a un antiguo restaurante que estaba a escasos metros, así podría descansar, comer algo y tomar un café. Pidió y sin esperar se fue directo al baño. Allí pasó lo que imaginaba, al volver a verse frente a un espejo rompió a llorar de nuevo. Abrió el grifo y empezó a lavarse, cambiarse y a intentar mantener la compostura para ir a desayunar.

—Buenos días —Una voz masculina lo inundó todo. Pero Santiago no vio a nadie y se quedó desconcertado—. Estoy aquí, tras la puerta número 3.

—Hola, ¿por qué me hablas? ¿Qué quieres?

—Ahora mismo nada, en su día te hubiera dicho que lo mismo que todo el mundo, encontrar la paz.

—Y tanto, cómo lo sabes...

—Ahí me he encontrado yo muchas veces, más de las que recuerdo... Y sé que para que una persona entre a un aseo de una gasolinera perdida de la mano de Dios y rompa a llorar así, la cosa es grave.

—¿La encontraste?

—Digamos que ya sé dónde buscarla.

—Esperanzador, pero demasiado utópico para mí en este momento.

—Es normal y natural. Las dudas, digo.

Aquella extraña conversación le estaba haciendo incorporarse un poco más, dejar esa postura de animal desvalido y mirarse de nuevo al espejo sin tanto odio, mientras se intentaba peinar con los dedos aún mojados. Su respiración empezó a ser más calmada y ya no se entrecortaba.

—Escúchame —continuó la voz— me he sentido tan identificado contigo al notar que llorabas, que pese a estar sentado detrás de esta puerta, he tenido que hablarte. No eres ese que ves en el espejo, amigo, ni siquiera eres ese que crees ser, o mejor dicho, que imaginas que eres constantemente. Tampoco eres esa voz que te habla, que está siempre en tu cabeza dando por saco en el peor de los momentos, que crees que te incita a hacer las cosas que haces y que no te gustan, y por las que te sientes tan culpable... Tú no eres todo eso, eres algo más.

La puerta de entrada al baño golpeó con fuerza en la pared después de que entrara el señor alto del surtidor de al lado.

—Caray, qué fuerte me he levantado hoy. Habría que poner un tope por detrás de esta puerta, ¡hola de nuevo!

—Hola, qué hay —continuó acicalándose frente al espejo mientras iba guardando sus cosas en la bolsa de aseo.

—¡Santi! ¿Verdad? Estás igual, macho. ¿No te acuerdas de mí? Soy Fernán, el de la clase de tercero A, viajamos juntos a Italia cuando estudiábamos.

—Perdona, no te recuerdo —y pensó a mil por hora «menos mal, porque me pillas en un momento crítico de mi vida y no estoy yo para charlar del pasado contigo ahora...». Aun así, cuando el otro se le acercó para darle la mano, sintió vergüenza, como si aquel pensamiento lo hubiera compartido en voz alta.

—Bueno, ¿y qué tal? A juzgar por el cochazo que has aparcado ahí afuera, eres un tío con suerte. La gente como tú ya destaca desde muy joven, se veía venir que ibas a tener éxito en la vida, ¡me alegro hombre!

Santi no reaccionaba, se había quedado mudo.

—Seguro que tienes una preciosa familia, ya he visto las sillas de los niños en la parte trasera... yo estoy solo, pero estoy bien, ahora me voy a hacer un viaje por Asia en cuanto coja las vacaciones. —Paró de hablar solo para coger aire—.

Después probablemente pueda conocer varios países porque me debían días del año pasado en la empresa, ¡y los pienso aprovechar todos juntos!. Soy un apasionado de la comida y me voy a comer el mundo ¿lo pillas? —y se rio aparatosamente dando una sonora palmada en su espalda.

Santiago no sabía dónde esconderse. Miraba por el espejo con ansiedad, a ver si detrás de él aparecía aquel hombre con el que estaba hablando justo cuando entró el parlanchín de Fernán, pero de allí no salía nadie. Con un poco de suerte, si aguantaba un poco más asintiendo sin parar en aquel monólogo, aparecería su salvador al rescate. Pero nada, silencio absoluto tras la puerta número 3. Esperó un par de minutos por si acaso y reaccionó tajantemente.

—Lo siento, tengo que irme. El café se me habrá quedado helado y además, tengo un poco de prisa. Qué tengas buen viaje Fernán.

—¡Vale Santi! ¡Encantado de verte hombre!

Justo antes de salir de allí, no pudo evitar girarse para al menos ver los zapatos de aquel hombre tras la puerta, pero no lo consiguió. Fue un poco extraño, parecía que no hubiera nadie.

La camarera le miró con cara de no entender a qué se debía tanta tardanza, Santi la sonrió amargamente y le puso el dinero en la barra para zanjar otra posible conversación cuanto antes. Estaba mareado. Se dejó caer sobre la silla y apoyó los codos en la mesa llevándose las manos a los ojos para restregárselos varias veces. Vio salir a Fernán y esperó que tras él, apareciera el otro hombre. Pero eso no ocurrió. No podía creer que aquella conversación no hubiera tenido lugar en el baño, estaba seguro de que había sido real. Pero pasaban los minutos y nadie salía. De repente, una mano en el hombro le sobresaltó y le hizo dar un pequeño respingo en la silla.

—¡Increíble! ¡Qué casualidad! ¿Pero dónde os habéis metido que os estamos llamando todo el día Santi? —Sus suegros estaban allí de pie, mirándolo con un entusiasmo imposible de disimular —. Mi hija nos han contado lo de la firma, vamos a pasar el fin de semana con vuestros vecinos ¿no te lo ha dicho Anita? Nos vamos a ese pueblo tan ideal... ¿cómo se llamaba?, bueno da igual. La cuestión es que de paso queríamos ver a los niños, les traemos unos regalitos de Grecia.

«Dios Santo», pensó. «¿Pero qué locura de día es este? ¡Joder el móvil!» No había contestado a Ana... Ni tampoco a la multitud de mensajes y llamadas perdidas que seguro tendría. Desactivó el modo silencio.

Sus suegros ya se habían acomodado en la mesa y él no atinaba a encontrar las palabras exactas, aquellas que no comprometieran su alarmante estado. Pero no hizo falta, la vida tiene una curiosa forma de encajar las piezas. La abuela sonreía al yerno con condescendencia, comprendiendo que quizás la noche se hubiera descontrolado un poco tras la fiesta. Se la veía orgullosa, le guiñó un ojo y le restó importancia a lo extraño de aquella situación. Comieron y bebieron en silencio, pero en paz.

Sonó su teléfono y reaccionó con inquietud. Santiago temblaba mientras se lo acercaba a la oreja, su mujer estaba al otro lado. De repente, recordó las palabras de aquel desconocido del baño, «él no era quien imaginaba ser» y se dejó llevar por ese pensamiento tranquilizador.

—Cariño ¿estás bien? —Aquella pregunta le sorprendió, esperaba más hostilidad.

—Regular, ¿y tú?

—¡Bien! Estoy recogiendo a los niños ahora mismo, ya estamos montados en el coche dirección a casa.

Él no pudo contestar...

—Santi, ¿no recuerdas nada verdad?

—No.

—Te lo he dicho esta mañana, te he puesto el planning del día encima de la cama. «Yo me encargo de recoger a los niños, tú de recibir a mis padres». Aún tenías los ojos cerrados cuando hemos hablado, tenía que haberme asegurado de que entendías tu cometido. Por cierto, me ha encantado dormir contigo en ese hotel, tenemos que repetir. Pero lo próxima vez, sin fiesta previa.

No daba crédito a lo que estaba escuchando, habían pasado la noche juntos y él ni siquiera lo recordaba. Bien podía haberse tratado de una mulata de metro noventa, que ni rastro en su memoria. Aquello supuso un punto de inflexión, ocurrió en ese pequeño instante, como un fogonazo; algo hizo click en su cabeza y le hizo espabilarse de repente, abriendo los ojos de par en par. Sintió la sonrisa de su mujer al otro lado de la línea. Tan dulce como siempre, tan comprensiva y purificadora. Pudo respirar profundamente, con sosiego, como hacía mucho tiempo que no lo hacía. Notó como sus manos sudorosas se secaban de inmediato, se suavizaron de repente y consiguió sentir el tacto de su finísimo traje sobre su piel, el de la superficie pulida y lisa de su móvil de última generación en la mano, el olor de aquel café barato y rico sobre la

mesa... Todo era perfecto. Se levantó precipitadamente, como cuando uno tiene una corazonada y se asoma a la ventana para ver qué pasa, para comprobar que eso que se ha sentido es real y nos espera afuera... Entró corriendo en el baño para mirarse nuevamente al espejo y por fin se vio. Ahí estaba. Se encontró consigo mismo en décimas de segundo, en aquel restaurante olvidado de una carretera desconocida por la que, casualmente, también viajaban sus suegros.

—Ana, ¿sigues ahí?

—Claro bobo qué pasa, te pierdo por momentos, se oye mal. ¿Dónde estás?

—Todo está bien, me he encontrado. Me he encontrado con tus padres de camino a casa, estamos tomando algo y ya salimos para allá.

—No bebas más alcohol, ¿quieres?

—No, no, tranquila es un café...

—Ya tuviste suficiente anoche ¿no crees? Pienso que tendríamos que hablar sobre esto, ¿otra vez estás bebiendo a escondidas verdad?

—Verdad. Vuelvo a necesitar ayuda Ana.

—Lo sé, no temas, la encontraremos juntos.

—Eso es lo que me pasa, que tengo miedo. Más que nunca, lo confieso.

—Santi, yo confío en ti. Tranquilo.

No se dijeron nada más, no hacía falta. Aquella conversación le situó de inmediato en esa vida en la que solo él era un extraño. Una vida real, familiar y plena que compartía con aquella hermosa mujer desde hacía diez años. Nunca había sentido semejante bofetada; valorar de repente todas las cosas que tenía, que había construido junto a ella, así a bocajarro, jamás le había ocurrido. Quién sabe si hubiera estado a punto de perderlo todo cuando se supone que más estaba ganando...

Salió del baño con un gesto renovado, descansado, y miró a sus suegros con amor para hacerles la señal de «larguémonos de aquí» de una forma cómplice, como haciéndoles formar parte de un plan divertido que acababa de urdir un adolescente.

Su suegra volvió a guiñarle un ojo, risueña y dispuesta a salir corriendo incluso sin pagar si fuera preciso. Imaginó una divertida fuga... Adoraba a su yerno, con todos sus defectos y virtudes. «Ellos estaban mayores pero ágiles, si había que correr», pensó, transmitiéndoselo a Santi en la lejanía, pero vio como éste pagó en la barra y le enseñó la mano para regañarle entre risas.

—¡Nos vamos familia! Llegaremos pronto a casa, ya quedan pocos kilómetros.

—Si Dios quiere, hijo —su suegra le miró a los ojos y se le colgó del brazo felizmente.

Santiago sonrió para sí mismo mirando hacia el baño, pensando que quizás, Él sí que quería, pues ya le había mandado «un enviado suyo» detrás de la puerta número 3, enseñándole a regresar a su hogar después todo. No tenía ni idea de por qué pensó esto de forma automática, pero le pareció divertido y le gustó la idea. Cayó en la cuenta de que podía haberse asomado bajo aquella puerta misteriosa, para comprobar por última vez si había alguien dentro. Pero cualquier cosa, cualquier pensamiento de temor o duda, se disipó en aquel instante mágico y el miedo o el dolor, dejaron de tener importancia para él desde ese momento.

FURIOSA CIUDAD

Caminaba a toda prisa con una mano puesta en la oreja, tapándosela con fuerza, con cara de desesperación y mirando para todas partes con los ojos fuera de las órbitas. Sujetaba su bolso con ahínco bajo el otro brazo, como una madre de las de antes cuando salía del banco con la nómina recién cobrada, con los billetes en el monedero y los bolsillos llenos de sospechas hasta poder esconderlos en un sitio más seguro.

Estaba a punto de llegar a la consulta, pero el camino aquella tarde se le estaba haciendo demasiado largo y agotador.

—Shhh. ¡Silencio por favor!, ¡ya basta! —no podía creerlo, lo había dicho en voz alta. Estaba loca de atar, pensó que solo lo pensaba...

La ciudad la estaba devorando, su clamor le parecía insoportable. Coches pitando, haciendo ruedas y dando acelerones a su alrededor; personas mirándola con un desagrado casi ensordecedor, otras hablando a gritos por el móvil, haciendo ruido al caminar o al mover sus bolsas, llaves o cualquiera de los objetos personales que portaban... Sonidos por todas partes, escándalo puro. Ruido y más ruido, ¿acaso se le estaba yendo la cabeza? Eso temía. Estaba deseando llegar a su médico para contarle la nueva recaída, esta vez era más alarmante que de costumbre. No era casualidad que fuera a llegar el verano.

Cerró la puerta del portal con fuerza, ayudándola a encajar definitivamente acelerando un proceso interminable que no podía permitirse el lujo de esperar sin más. Ese clic metálico final la hizo sentirse algo más tranquila, a salvo de la rugiente urbe.

Jamás cogía el ascensor, ¡eso era lo último! Meterse en aquel habitáculo minúsculo en el que cualquiera podía dejar allí su aroma, o peor, sus virus, era algo impensable para ella. «Sería un buen método de tortura para mí», pensó sin mirar atrás.

«Primera planta superada, segunda planta superada, tercera, cuarta, quinta. Llegué». Se percató de lo sucias que le resultaban aquellas escaleras, había peldaños que tenían varias gotas negras desiguales casi en el borde. Incluso algunos, tenían pegados restos de lo que parecían ser viejos chicles masticados y escupidos.

Al llegar a la planta, caminó sigilosamente hasta que se quedó muy quieta frente a la letra B. Llamó a la puerta con los nudillos y después se quitó los guantes.

—Adelante Adela. Siéntese en la salita y enseguida le atenderá el doctor Guerra.

—Gracias.

«Maldita sea», pensó. «¿Por qué ha tenido que usar esa palabra delante de mi nombre?», «adelante Adela suena fatal, y es lo típico que me desquicia y se queda pegado a mi cabeza dando vueltas. Las dos palabras empiezan igual, si lo dices muchas veces pierde el sentido». Y tras el pensamiento comenzó a repetir la expresión mentalmente, «adelanteadela adelanteadela adelanteadela adelanteadela», hasta que estuvo lo suficientemente mareada y confundida para dejar de hacerlo y recostarse en el incómodo sillón de la sala de espera, sin tocar nada. Volvió a ponerse unos guantes nuevos y cruzó las manos a modo de súplica. Al fin consiguió respirar.

—Adela adelante, pasa, ¿cómo te encuentras?

—Joder otra vez no.

—¿Perdón?

—Nada nada, disculpe doctor, hoy no tengo muy buen día.

—Tranquila, ya estás aquí...

Entró en aquella amplia consulta, ordenada, limpia y tan bien ventilada como siempre. Le gustaba aquel lugar, le transmitía mucha calma y le refrescaba las ideas. La pequeña vela blanca aromatizada de la esquina de la librería, las orquídeas, el cuadro del hombre de Vitrubio que observaba impasible desde su perfección suprema...

Sonrió levemente. Ahora que lo pensaba, el hecho de mirarle siempre le hacía rumiar la misma idea: la hermosura o el atractivo de alguien, observado desde el prisma puramente anatómico, eran tan solo un punto de vista. Una variable. Odiaba los cánones universales de la belleza humana, no soportaba las opiniones o posturas tajantes sobre el tema. A decir verdad, se ponía violenta cuando alguien manifestaba que a ningún hombre o mujer le podría gustar en serio alguien gordo, o calvo, o con las tetas caídas o con la boca de equis forma. Estupideces. Adela había escuchado más de mil veces la expresión «siempre hay un roto para un descosido», y la sentía cierta. O quizás eso era lo que más deseaba del mundo porque se encontraba muy sola. Y no le gustaban sus proporciones.

—No tienes muy buen día, dices.

—Pésimo.

—Cuéntame con calma —y se sentó con las manos apoyadas en los brazos de su silla de oficina.

Adela respiró profundamente sin posarse en sus ojos (notaba que la observaban curiosos) y luego miró por la ventana abriendo la cortina con un solo dedo, dando un suspiro un poco obligado. Después, se dejó caer sobre el diván con desgana. No sabía por dónde empezar. Pero al menos, habiéndose quitado por fin los guantes, ya no se miraba las manos como si estuviera escaneando suciedad con su visor paranoico, parecía que estar allí en presencia del doctor, tenía un efecto tranquilizador instantáneo.

—En realidad llevo unos días sin salir a la calle. Esta furiosa ciudad me supera, prefiero mirarla detrás del cristal.

—Dijiste que siempre la habías amado.

—Cierto, pero esa no es la cuestión.

—¿Y cuál es la cuestión?

—La cuestión es mi agobio con el ruido, creo.

—Tu ruido.

—¿Cómo dice?

—Por enésima vez, tutéame Adela, te será más sencillo. Yo estoy aquí para ayudarte, ya hace más de un año que me conoces, me has contado muchas cosas, te escucho, te entiendo... ¿Ves? Te, te, te... Tutéame también —y sonrió ampliamente como si fuera la sonrisa definitiva, la que decidiera la entrega de un premio ardientemente deseado ante un público demasiado exigente.

—Está bien. ¿Por qué dices mi ruido?

—Porque está dentro de ti, no es la ciudad.

No era la primera vez que escuchaba esto, era una idea que aunque vagamente, el doctor ya le había manifestado en algunas de sus sesiones. Pero aquella tarde él le había hincado la mirada de otra manera, quizás con otra confianza, quizás con un cuchillo distinto. Además, sentía como si la hubiese puesto de cara a un espejo despiadado a posta, aprovechando que ella volvía a expresar lo que amaba aquel lugar. Aquella monstruosa urbe de más de cinco millones de habitantes que la vio crecer y como decía ella, también morir, fue utilizada con destreza en ese momento. Él metió

el dedo justo en la llaga y apretó por los lados esperando a que sangrara.

—Ah, ya entiendo. Quieres que diga que la ciudad no está furiosa conmigo, la furiosa soy yo.

—Exacto, chica lista. Tú eres la que se siente así. Tienes que entender que tú eres parte del problema, que solo tú tienes la llave para abrir esa puerta que te verá salir por última vez de la habitación del pánico. Tu pánico. Tu furia.

—Ya...

—Tu ciudad te espera.

—Ya...

—Y puede que aún no estés preparada o puede que sí, pero debes empezar a comprender que la salvación está dentro de ti, y solo ahí se encuentra. No la tengo yo metida en un cajón, no puedo recetártela cada ocho horas, no puedes encontrar mejor tratamiento que tu propio perdón, no existe nada más eficaz que eso.

Adela levantó los ojos del suelo y sonrió temerosa.

—Debes superar la culpa de una vez, estás viva. Eso es una bendición, no lo contrario... Y no te pido que olvides, que sepultes tu dolor ignorándolo sino que lo aceptes ya, que lo digieras con una buena dosis de miligramos de compasión y de amor. Intoxícate de eso si quieres, ¡ponte hasta arriba!

Ambos sonrieron...

—Como te estarás imaginando, tenemos que ir reduciendo las pastillas Adela.

—Ya veo por donde vas sí.

—Sé que ya estás preparada para ello, confía tú también. Abre de nuevo tus alas, abre tu corazón Adela. Me has contado lo suficiente en nuestras sesiones, eres una mujer muy creativa, busca tu camino en solitario, experimenta y fluye. Será tu mejor medicina. Yo estaré aquí, para que vengas a saludarme cuando quieras.

La conversación se extendió por más de dos horas, Adela consiguió llorar tranquila y mirar por fin con otros ojos a través del cristal, aquella bonita calle principal, aquellos árboles inclinándose suavemente por el viento, el tránsito acelerado carretera arriba y carretera abajo...

Llegaba su estación preferida, este verano tenía que ser distinto. Porque ya habían pasado cinco largos años. Aquella última sesión con el doctor Guerra fue muy clarificadora, algo había ocurrido en su interior.

¿Quizás su vieja herida comenzaba a cerrarse? Salió de allí con una sensación definitivamente distinta, muy nueva para ella, con un sentimiento que no había experimentado después del fatídico día: gratitud. Se sentía ligera, renovada, vacía de miedos...

¿Qué pasó allí dentro?, ¿la curación era eso?, ¿y ya está? Paseó con calma por la acera, mirando como si viese por primera vez, escuchando sin juzgar cada sonido, sin sentirse atacada, sin la sensación de que en cualquier momento un nuevo golpe le diera un susto.

Algunas personas le sonreían, la brisa acariciaba su pelo, sonaba un claxon por detrás, alguna que otra mano golpeaba en la suya a causa de las prisas....

Era la ciudad, libre, ruidosa, acelerada y bella la que rugía a su alrededor, pero sin usar sus garras. Sin producirle miedo ni sacar lo peor de sí misma.

Ahora era capaz de situarse mentalmente justo en el momento del accidente, aquel 21 de Junio impronunciable. Pero sin dolor, solo con lágrimas. Caminó ágilmente mirando al cielo de vez en cuando, disfrutando de las azoteas bañadas de nubes, inspirando y expirando con conciencia,

incluso esbozó alguna que otra una sonrisa. Pensó que habían sido muchos años sin hacerlo, no quería más tristeza en su vida. Sabía dónde quería dirigirse y aceleró el paso. Se sentía preparada y quiso ponerse a prueba, ver si también era capaz de situarse allí físicamente. Aunque el doctor se lo hubiera desaconsejado en ese momento, quiso zarpar por fin de aquel puerto oscuro en el que vivía anclada. Y lo hizo sin miedo al naufragio.

Quedaban varias calles hasta llegar al cruce que la vio morir junto al amor de su vida, al hombre que la había salvado de su más profunda soledad. Un coche impaciente se saltó un semáforo y se le llevó por delante arrancándole de su mano con violencia. Se soltaron bruscamente los dos a la vez, tocándose hasta el final con la punta de los dedos, envueltos en aquel estruendo, aquel golpazo metálico y seco que ahora sentía liberado de su memoria. Aunque aún recordaba el gesto de su cara al alejarse en el aire, ese gesto desencajado y temeroso que gritaba un «hasta siempre».

LA CHICA DE LA IRA

(1ª Parte)

La oscuridad se había echado encima de la ciudad. El tráfico había cesado y prácticamente no había nadie paseando por las aceras desnudas. Ya casi no quedaban hojas del otoño viajero, que acababa de partir dejando las calles sin piel y sin ganas. El frío se había apoderado de todo, revestía los árboles y también los bancos y cualquier resto que anduviera tirado por el suelo a la espera de crujir bajo un firme zapato.

El solsticio de invierno ya llegaba, este año tenía especial importancia para ella porque pensaba en celebrar Yule por primera vez en su vida, en lugar de la navidad tradicionalmente aburrida que preparaba su familia, otra vez.

Algo en el ambiente le hacía sospechar que aquella noche era «la noche elegida». Sentía como si todo estuviera esperándola a ella, casi aguantando la respiración. Solo palpitando levemente por debajo de la manta estrellada, con únicamente la cabeza fuera para disfrutar del espectáculo.

Se dirigía apresuradamente por el callejón que le haría llegar al local de Las Dos Lunas. Desde siempre se había sentido medio bruja medio hechicera, con lo que aquel nombre le pareció ideal cuando se lo propusieron. Leer su primer texto en público en un lugar con como aquel sería algo del destino. Y si la fortuna la había llevado hasta allí, nada podría salir mal. En ello pensaba confiada mientras caminaba con paso veloz.

Sus tacones golpeaban con fiereza el suelo, y su largo vestido a veces se enredaba entre sus piernas, pero eso no le hacía parar. Al contrario, en ese vaivén de sonidos y roces, se sentía obstinadamente sensual rumbo a su ansiado destino.

Pensó además que formaba parte del propósito invocado en las anteriores noches, sentirse cómoda, natural y segura del camino que había tomado.

Recitar formaba parte de su energía vital, su voz interior siempre clamando salir de mil y una formas ahora tendría su momento, mirando fijamente el rostro de otro ser viviente en lugar de hacerlo delante de su cámara...

Llevaba bajo su brazo la carpeta negra que tanto le gustaba, con aquellos destellos de su rabia impresa en ambos lomos, con todo el sentimiento deshumanizado y bárbaro que era capaz de proyectar cuando hacía algo artesanal para ella misma. Su carpeta era algo indispensable, donde guardaba toda su obra, todo su arte. Iba a reventar de hojas amarillas rellenas hasta los mismos bordes con tinta negra, no solía usar el ordenador para esas cosas, ella era de escribir con pluma. Aquella noche mostraría al mundo sus letras más honestas desde el pequeño escenario que seguro que ya estaba preparado y la esperaba solitario.

«Lechuza, coruja, sigue a esta bruja. Guíame esta noche y permite a la niña salir con la fuerza que corresponda». Siempre que estaba nerviosa pronunciaba mentalmente estas dos frases, siempre en su interior, siempre dando vueltas alrededor suya como si fueran un halo protector. La equilibraban y eran capaces de nivelar su ira, para dejar salir solo la justa. Extrañamente las sentía con profundidad desde niña, como si fueran palabras heredadas, aunque no recordaba muy

bien su procedencia. ¿Acaso su abuela se las enseñó? ¿Pudo ella ser una auténtica bruja? Según los recuerdos de su madre, ya en el pueblo la gente hablaba sobre esa posibilidad, se rumoreaba que era una niña rara. Como lo era ella. Quizás la abuela Eloísa tuviera facultades, quizás no y solo era un cuento que deambulaba en su familia para hacer más interesantes las sobremesas navideñas. Ahora nunca lo sabría... o quizás sí...

En la puerta de Las Dos Lunas estaba la más caótica de sus amigas, la fiel y resultona Mika. Sabía que estaría allí, nunca fallaba. Aunque habían tenido sus más y sus menos eran verdaderas hermanas de alma. Compartían sus atormentados caminos.

Había pensado pedirla que se pusiera en la primera fila, pero bien sabía la respuesta. Era mucho esperar de ella, puesto que las aglomeraciones la ponían muy nerviosa. Sabía que se quedaría muy cerca de la salida (o quizás pegada a la de emergencia) por si acaso. Sus fobias y sus manías en sitios como aquellos eran una bomba de relojería. Por eso le encantó verla ahí parada, con sus ojillos saltones y su tímida sonrisa esperando impaciente, porque sabía que le costaba mucho entrar en este tipo de lugares.

Se sonrieron, se abrazaron y acercaron la punta de su nariz la una a la otra para mostrarse agradecidas. Ese gesto las mantenía unidas desde la infancia, desde que sus madres juntaron sus cunas en la escuela infantil. Micaela, esta es Pura. Pura, te presento a Micaela. Y ya jamás se separaron.

Un señor que parecía enfadado habló con un pequeño micrófono que tenía pellizcado en la solapa, parecía un guardaespaldas profesional, aunque probablemente fuera solo el portero de aquella sala. El caso es que reconoció a la joven, y con gesto serio la hizo saber que tenía que entrar ya.

La ilusión se mezcló con el pánico, pero hicieron buenas migas. Era la primera vez que sentía ese nudo en la garganta, como una gran serpiente fría y desafiante que también la hacía cosquillas al llegar al cuello, porque giraba subiendo por detrás de la cabeza y hacía sentir su siseo detrás de las orejas. Las dos bajaron unas bonitas escaleras verdes que conducían a la sala principal y para sorpresa de Pura, todo estaba perfectamente preparado y decorado justo como lo hubiera hecho ella. Llevaba semanas pensando en la ornamentación del sitio. Su perfeccionismo la mantenía muy ocupada siempre en estas tareas, imaginar cómo y dónde estarían situadas las luces, los objetos importantes, todo el atrezo de su vida lo pensaba primero en su cabeza. Le pasaba desde niña. Por eso quedó tan sorprendida, porque parecía que su mano había decorado cada rincón de Las Dos Lunas. No era un texto cualquiera, y su forma de narrar, su desgarradora forma de narrar, necesitaba un lugar apropiado y a la altura.

Su madre decía que a veces daba miedo oírle, por eso no quería aparecer por allí aquella noche. Y más siendo su primera vez fuera del mundo virtual, con público de verdad y con sensaciones delicadas por experimentar, prefería permanecer al margen. Era de agradecer su cuidado y comprensión, para una chica como Pura era necesario. Estar a su lado pero permanecer en la sombra, dejarla ser y sentir como ella era en realidad, sin juzgarla. Pocas hijas contaban con la suerte de tener una madre así de permisiva, comprensiva y atenta. Siempre se anticipaba, siempre sabía qué necesitaba su hija. A veces Pura pensaba que tenía el don de la clarividencia, tampoco sería extraño si tenía en cuenta las evidencias en su progenitora.

Con todo esto rondándole por la cabeza, mareándola casi, por fin llegó al despacho privado de la dueña de Las Dos Lunas, una mujer misteriosa y delicada. Se fijó en que había varias puertas sin ningún letrero y un par de largos pasillos oscuros se perdían al fondo. En la sala no había mucha gente, aunque había algunas personas que corrían un poco aceleradas para cumplir sus órdenes, salían y entraban de aquel pequeño cuarto con papeles en la mano. Mika se quedó fuera.

—¿Ya estás preparada mi niña? —aquella mujer estaba limpiando un recipiente extrañísimo que sujetaba con ambas manos. Le sacaba brillo con un trapito rojo de terciopelo bastante desvencijado, pero aún útil por lo que veía Pura. Se fijó también en que tenía un ojo blanco, quizás grisáceo, como si estuviera ciego, algo que no percibió cuando se reunió con ella para hablar de esa noche de estreno. No quiso mirarlo demasiado por si acaso se violentaba.

—Lo estoy, aunque algo nerviosa también.

—Tranquila, verás que todo va a salir de fábula. Sentirás algo increíble cuando subas ahí arriba a recitar, te lo aseguro. Veo que eres una chica muy especial, alguien que merece la pena escuchar. Aunque seguro que eso ya lo sabes...

—Verá, quisiera prepararme, ¿hay algún sitio donde pueda estar a solas un rato?

—No.

Pasaron unos segundos eternos y silenciosos que desconcertaron a Pura.

—A no ser que quieras sentarte ahí en ese rincón —señaló una esquina muy curiosa de su despacho—. Yo no te molestaré, estoy organizando unas cosas importantes aquí en mi mesa. Ese es mi rincón preferido, ahí me siento cuando necesito meditar o pensar qué voy a hacer con mi vida... o a quién quiero arruinar la suya —y soltó una carcajada, bastante aparatosa y dramática, que asustó a uno de sus empleados que justo abría la puerta para llevarle una taza de café humeante.

Pura pensó que mejor ese rinconcito que nada, porque afuera había bastante jaleo. Meditar siempre la ayudaba a calmar su agitación, visualizarse sobre un agua clara, azul vibrante, acogiendo su impetuoso espíritu... No sabía por qué, pero la mayoría de las veces que lo hacía, la imagen de una escalera extraña sobre esa agua evocadora aparecía en su mente. Pero antes, salió a avisar a su amiga de que iba a prepararse allí dentro y esta aprovechó para buscar un sitio estratégico cerca de la salida. Se abrazaron y Mika salió disparada con el objetivo claro.

—¿Y de qué vas a hablarnos en esta enigmática noche mi niña? Con esta luna nueva que nos acompaña hoy... —ahora llevaba puestas unas gafas redondas enormes y sostenía un pesado libro antiguo entre las manos.

—De mí. De cómo veo el mundo, de lo siniestro que hay debajo de cada uno de nosotros. De mi estirpe, de mi ira...

—Vaya. No me lo perdería por nada del mundo.

—Pero, ¿entonces no leyó el email que le mandé? En él le adjuntaba el texto que compartiré hoy. Pensé que me contrató definitivamente por eso.

—No mi niña, te contraté por lo que esconden tus ojos.

Aquella respuesta la dejó un poco confusa y aturdida. Por unos momentos se la quedó mirando fijamente al ojo blanco sin darse cuenta. No sabía muy bien a qué se refería esa señora, pero lejos de hacerla sospechar o temer, la intrigó.

—Verás, cuando yo tenía tu edad también era una joven que tenía un mundo interior bastante revuelto, lleno de ira. Vomitaba en cada esquina si veía una buena oportunidad y necesitaba hacer sentir mi voz.

Pura sonrió, no estaba segura de que aquella mujer extraña comprendiera su mundo interior, ni siquiera la conocía... Aun así, confió y se sentó en aquel rincón sin preguntar nada más. Cerró los ojos y respiró profundamente pensando en el texto que iba a recitar.

Los minutos corrían, volaban como una lechuza ansiosa. Y cuando quiso darse cuenta ya casi era la hora de salir al escenario. Abrió los ojos y comprobó que la mujer ya no estaba allí dentro. Ni siquiera se había percatado de que salió en algún momento de aquella habitación.

Asomó la cabeza por la puerta para buscarla y echó un vistazo rápido por todo el local que

ahora parecía más oscuro. La vio al final del todo, charlando con un hombre minúsculo que hablaba con ademanes muy teatrales. Ella se dio cuenta de que la buscaba y al instante voló a su lado.

—Ya está todo listo mi niña —y avanzaron juntas hasta las pequeñas escaleras. Siéntete en tu casa, porque lo es.

Pura caminó por el escenario para familiarizarse con él y sonrió confiada buscando su mirada. Aquella señora había vuelto a desaparecer extrañamente.

«¿Pero cómo demonios hace eso?» Pensó con extrañeza y algo de incredulidad. No podía ser, era la segunda vez que se esfumaba literalmente delante de sus narices...

Desde arriba divisó a Mika y se saludaron efusivamente. La sala le pareció enorme desde allí y experimentó un desconocido pánico escénico que sabía que podría llegar a ella. Pero como ya había visualizado aquel momento, lo integró de inmediato y le dejó marchar. Sonrió a su amiga y bajó con lentitud para buscar de nuevo a la dueña.

Por el camino consiguió una botella de agua y se arrinconó a beberla con premura mientras recorría el lugar con la mirada. Hasta que por fin la vio. Esta vez la hizo acercarse con un gesto acelerado de ambas manos huesudas. Acertó a saber lo que pronunciaban sus labios lejanos: «¡Acércate mi niña!, ven deprisa».

Mientras caminaba hacia la señora descubrió un incipiente y casi imperceptible aroma que le resultaba muy familiar. Era cedro, olía maravillosamente bien. Una planta muy apropiada para el momento, con bondades mágicas para favorecer la concentración y calmar el nerviosismo. «Muy típico de Yule, esta señora sabe lo que se hace», pensó. Desde que acogió el neopaganismo en su vida estaba muy atenta a estos detalles.

Pura aceptó aquella mano extendida que se movía, ahora con cierto nerviosismo, y la siguió hacia una pequeña hilera de sillas a un lado del escenario. Se sentó a esperar el momento de subir. En aquel instante recordó a su abuela, y también pensó que la encantaría poder estar allí junto a ella.

Pensó en su carpeta negra, ahora en el rincón de aquel curioso despacho. Entre las páginas que albergaba, todas escritas en sus noches más siniestras y furiosas, se encontraba la elegida para aquella ocasión. Una sola página de dos caras que había memorizado, y que lucía la misma firma de siempre tras el punto y final: «La chica de la ira». Sonrió con picardía al pensar que nada tenía que ver el texto que había preparado con lo que realmente sentía que era, nada lo relacionaba con la religión que estaba empezando a descubrir, la wicca, pero por algún lugar tenía que empezar a abrirse con público delante.

«Aunque se suponía que aquello era un recital de lectura y no un aquelarre para leer rituales», pensó, sin poder evitar soltar una carcajada mental... Y recordó que a pesar de que jamás había hablado con su abuela de brujería, sabía que lo sabía. La reconfortó la idea.

En aquella noche, recitaría otros pensamientos que también formaban parte de su mundo interior. Y en otra ocasión... ya vería en otra ocasión... Aunque por otro lado, imaginaba que cualquiera que estuviera un poco metido en el tema, encontraría cierta conexión, porque en realidad todo estaba unido.

La voz de la misteriosa señora se coló en su cabeza, como un atronador susurro de esos que te sacan de un sueño pesado. Hablaba desde arriba, con su brillante micrófono sujeto por ambas manos y una mirada sonriente algo maternal. Estaba hablando de Pura.

De repente, se dio cuenta de que la sala estaba llena. Su típica carcajada traviesa se escapó de nuevo por lo cómico de la situación (aunque esta vez sí que se escuchó), porque andaba sumida en sus pensamientos y no se había dado cuenta de que la estaban presentado encima del escenario.

Aquella señora carraspeó insistente a la espera de que la chica subiera.

«Vale, bien, allá voy». El show estaba a punto de comenzar. Se fijó en que ya había perdido la pista de su amiga y que un montón de rostros desconocidos la rodeaban ahora. Pero se dirigió hacia las escaleras con paso firme y vigilando de no resbalar con sus tacones al subir. Por fin puso el pie en aquella tarima y entonces ocurrió algo que no se esperaba. Todo el mundo aplaudía y ella clavó sus ojos negros en una única persona. No podía creer lo que estaba contemplando.

UN CAMINO HACIA NINGUNA PARTE

Agarró fuerte su mano y la miró con cara de «estoy aquí, nunca te fallaré pase lo que pasé». Después, saltaron. La sangre se les congeló de golpe y el aire afilado les asustó, no esperaban tener que controlar la respiración entrecortada, ni que pasaran tantas cosas por sus cabezas en tan poco espacio de tiempo.

Aquellos encuentros eran tan escasos que tenían que saborearlos con intensidad, y más aún si habían planeado algo así de especial. Era su aniversario, querían probar con una idea arriesgada para su cita. Aquel puente les recordaría el peligro de su relación, el abismo que tenían que mirar de frente cuando estaban juntos. Siempre contemplando la posibilidad de una estrepitosa caída.

Eloísa era la chica más bella que él había visto nunca y sus diecisiete años eran un regalo para él. Aunque era consciente de que era un regalo envenenado y del que quizás, algún día, se arrepintiera de haber recibido con los brazos y el corazón tan abiertos. En verdad la había conocido con dieciséis pero su primer encuentro ocurrió al año, en el que se fundieron en una misma persona en la habitación de aquel maravilloso hotel levantino.

Recordaba las noches sin dormir que transcurrieron tras aquella mágica velada. El padre de ella se le aparecía en sueños con gesto de querer echarle mano al cuello, y se despertaba empapado en sudor y con taquicardias que le duraban todo el día. Todavía seguía soñando con él después de tanto tiempo y seguía despertándose sintiendo aquellas manos alrededor de la garganta... Para alguien como él, un tío serio y de casi cincuenta años, cauto, respetuoso y responsable, el hecho de tener una relación sentimental con una menor era un peso insoportable.

Sabía que había muchos hombres en su misma situación, que era algo normal, pero con la educación que él había recibido no podía pensar en menos que en el infierno.

Vivir con ese pecado oculto, engañar a su mujer a diario, no podía ser sino un motivo de expulsión, de rechazo, de ser maldecido, apartado de todo y de todos por ser tan mala persona. Pero no podía evitarlo, era algo imposible ya lo había intentado. Aquella chica le había embrujado y no verla, era la muerte.

Cuando tocaron el suelo se abrazaron y besaron apasionadamente con la sonrisa en los labios, llegando al final, a una apoteósica carcajada que golpeó con fuerza las paredes de roca que les custodiaban. Ya estaban a salvo.

—¡Lo hemos hecho! ¿Has visto como sí podías saltar? Eres un quejica y un miedoso sin remedio amor. Si te hubiera hecho caso te morirías de viejo sin probar el peligro.

—Contigo al lado todo es más fácil. Aunque eso de que no me va el peligro vamos a dejarlo, estoy saliendo contigo guapa —y le sacó la lengua emitiendo un sonido burlón que sabía que la desesperaba siempre—. Venga, vamos al coche que tengo una sorpresa para ti.

Se quitaron todo el equipo y subieron apresuradamente por la empinada cuesta que les devolvería al camino que llevaba al improvisado aparcamiento.

Dentro de la guantera había guardado una pequeña cajita envuelta con mimo y se la entregó con nerviosismo. Eloísa sonrió de inmediato al ver que todavía quedaban más sorpresas por descubrir, aunque no imaginaría nunca lo que significaba aquella y todo lo que iba a cambiar su vida después.

—¿Qué es esto?

—¿Nunca has visto una?

—Claro imbécil, pero ¿qué significa esta? —una llave típica de puerta blindada colgaba de un llavero plateado con forma de corazón. Lo sostuvo un rato entre los dedos, confundida y a la espera de una explicación rápida.

Pero esta no llegó.

Toño arrancó el coche y salió disparado con poca fe de que ella aguantara sin saber nada más todo el trayecto. Pero Eloísa no preguntó.

La música sonaba, jazz portugués, les acompañó todo el camino sembrando de incertidumbre cada curva que daban. Ella había comenzado a tener una sensación extrañísima, era como si supiera de antemano que lo que le estaba esperando al final de la carretera era algo que no le iba a gustar. Quizás fuera miedo. Una puerta que aún no estaba preparada para atravesar, que sabía que conduciría a un camino hacia ninguna parte que no estaba segura de querer transitar.

Cuando por fin pararon el coche, Toño le retiró el mechón que siempre se le venía a la cara y le cogió con suavidad la barbilla. La miró a los ojos y la besó.

—Ya hemos llegado pequeña.

Era una calle tranquila, con grandes casas estilo canadiense a ambos lados y aunque Eloísa no tenía ni idea de donde estaba situada, desde allí se orientaba bien porque aún podían verse las montañas de la sierra madrileña. No estaban excesivamente lejos de la ciudad.

—Mira, allí cerca para el autobús, podrás ir y venir tú sola hasta que consigas tu carnet de conducir.

—No entiendo nada Toño, ¿por qué me has traído aquí?, ¿dónde estamos? —en su cara no se divisaba ni un ápice de ilusión, él pudo comprobarlo, y a medida que pasaban los segundos se iba dando cuenta de que quizás aquello no había sido tan buena idea como él creía.

Subieron una pequeña escalera y él la hizo sacar la llave del bolsillo con un gesto amable. Forzó una enorme sonrisa a pesar de saber que aquello no estaba yendo demasiado bien. Comenzaban a aflorar sus inseguridades, sus miedos e incertidumbres daban paso a los sudores fríos y a las palpitaciones de siempre. Le dolían las rodillas.

—Adelante, entra. Es... nuestra nueva casa.

Un silencio sepulcral hizo que los segundos que transcurrieran entonces, fueran un terrible y oscuro pasadizo espacio-temporal para olvidar.

Justo en el pasillo de la entrada había un espejo en el que comprobó su deprimente estado. Sus ojeras acentuadas ahora tenían un tono más apagado y sucio, su papada se le antojaba más pronunciada y también sus entradas y su escaso pelo le hacían parecer más viejo...

Efectivamente la sorpresa había dado un giro bastante desagradable para ella, o al menos eso parecía. Toño seguía sudando y ahora le temblaban un poco las manos en espera de un mínimo cambio de dirección en la situación, cualquier indicio le valdría con tal de salvarle del desastroso desenlace que ya se imaginaba.

Quizás algo cambiara en ella al ver que tenía un sillón de esos que quería para echarse la siesta, tipo chaise longue, y una gran pantalla gigante para ver películas abrazados como ella siempre añoraba.

«¡Acaso no se había dado cuenta de que lo hacía todo por ella!», pensó. Incluso la había comprado una enorme librería repleta de todos los libros que pudiera soñar.

Pero no, eso no pasó. Ella se echó las manos a la cabeza al entrar y abrió la boca exageradamente, dejando caer la mandíbula hacia abajo, con una mezcla de asombro y pánico al pasar al salón. Su reacción le aterró.

Lo que él no sabía es que aquello no tenía nada que ver con el rechazo, sino con otra cosa bien distinta, pero que por el momento, estaba fuera de su entendimiento como comprobaría más adelante. Una nueva amistad de su chica, alguien más mayor que ella, ya la había hecho dudar sobre aquella relación, sobre cómo estaban avanzando las cosas...

—¿Has visto qué rinconcito para tu escritorio de trabajo Eloísa? —ignoró de nuevo el desastre y se puso a parlotear aceleradamente dando vueltas en círculo y moviendo las manos con inquietud—. Ahí podrías crear tus diseños más brutales e inspirarte cerca del fuego, ¡fíjate! ¡Ahí, ahí! —esperaba que aquella bucólica idea le arrancara alguna sonrisa. La miró de soslayo sin buscar sus ojos—. Te imagino con tu portátil horas y horas ensimismada y perdiendo la noción del tiempo como siempre te pasa cuando diseñas amor...

Eloísa le miró por fin, esta vez con benevolencia y quizás algún atisbo de pena o indulgencia, y le echó una breve sonrisa. Empezó a calmarse, no quería mostrarse demasiado dura con él. Aquella visión que le proponía, sentada al ordenador en aquel precioso rincón preparado al detalle, le había tocado el corazón. Incluso pudo sentir el aroma de ese té calentito que sujetaría con las dos manos mirando la pantalla. Aun así, estaba desconcertada y no sabía qué decir porque no esperaba algo como aquello...

—No digas nada por favor. Prométeme que te lo pensarás al menos, voy a al coche a coger unas cosas y enseguida vemos el resto de la casa ¿de acuerdo?

—Vale.

En ese instante y no antes de escuchar la puerta cerrarse suavemente, Elisa cogió el móvil y se apresuró a poner un mensaje. «Esto se me está yendo de las manos, tenemos que hablar hoy mismo, necesito desahogarme». Y volvió a guardarlo de prisa en bolso, el cual soltó malhumorada encima de una enorme mesa de madera maciza que había en un rincón.

Cuando Toño regresó, hicieron un tour rápido por aquella casita tan encantadora sin pararse demasiado en los detalles, sobre todo ella, quien parecía más ausente si cabe que cuando entró.

«¿Habría sido un error aquel regalo? ¿Se habría sentido presionada?» Él no paraba de darle vueltas a la cabeza mientras avanzaban.

No era la primera vez que soñaban con tener un rinconcito de amor para sus quedadas puntuales, un lugar para ellos dos solos en el que dar rienda suelta a su pasión, donde nada ni nadie pudiera hacerles temer, ni pensar en ser descubiertos. Pero parecía como si jamás hubieran hablado de ello, como si la materialización de ese sueño hubiera sido un peso demasiado grande para soportar en su realidad cotidiana.

Antonio Vidal Fuentes era un hombre respetado, bien posicionado en el mundo de las finanzas desde hacía varios años, alguien muy sencillo, honesto y buen compañero que había trabajado duro.

No tenía hijos pero se consideraba (hasta hace un año) el mejor de los maridos posibles ya que siempre estaba pendiente de su esposa Clara. También lo estaba de su familia política y amigos, presumía de ser un ser humano muy complaciente y justo, así como generoso y protector con todos ellos.

Pero claro, cuando conoció a Eloísa todo dio un brusco y espectacular giro, ya nada volvería a ser como antes con su mujer y algo cambió entre ellos. Eso era lo único que alguien podría reprocharle, pero era algo que la vida le había regalado y no podía rehusar de ello, esa niña era medicinal para su día a día.

La relación con su mujer hacía años que se había debilitado, incluso pensó en varias ocasiones que ella podría tener un lío con algún otro hombre, indicios veía de sobra.

Un deterioro cada vez más evidente les había pasado factura.

El trabajo también le resultaba monótono y poco gratificante desde hacía años, hacer dinero no era ningún misterio y le aburría intensamente vivir para ello.

Antes de conocer a su joven amante el día a día le daba náuseas, iba como un zombi de casa al trabajo y del trabajo a casa.

Aunque para alguien como él, no muy agraciado físicamente según su propia madre y siempre sintiéndose desdichado en el amor, tener a Clara como esposa, una espectacular modelo y mujer inteligentísima, había sido un claro golpe de suerte irrepetible.

Así se había sentido durante siete años, pero desde que la relación empeoró y temió por las supuestas infidelidades, su pozo era cada vez más hondo. Aguantaba como podía y se repetía una y otra vez que al menos no estaba solo. Por eso Eloísa llegó justo a tiempo, como un bote salvavidas cuando te hundes en el mar, le salvó de las garras de la desidia y podría decirse incluso, que le auxilió de un final de matrimonio desastroso y depresivo. Ahora sí que tenía claro que iba a dejar a su mujer, se merecía volver a ser feliz junto a aquel ángel enviado desde el mismísimo cielo. En cuanto fuera mayor de edad se irían a vivir juntos.

Un abrazo lento por detrás le rescató de estas cavilaciones y recuerdos. Eloísa se había apiadado de él y le estaba trayendo al presente para recordarle que estaba en su mundo. Hicieron el amor en aquella nueva casa de una forma que antes nunca habían experimentado.

Toño no sabía si algo nuevo estaba empezando o quizás estuviera acabando, andaba tan despistado aquel día como ilusionado al llegar la noche, tras comprobar que su bella acompañante se arreglaba frente al espejo del baño para salir a cenar con él. «Todo irá bien», se dijo. Aquella noche no podrían pasarla juntos pero estaba muy emocionado con lo que podrían vivir allí. Cada uno dormiría en su casa, pero aquella les estaría esperando hasta el fin de semana siguiente si Dios se lo permitía.

Se fueron a cenar a un restaurante pequeño y acogedor de aquel pueblecito y no escatimaron en sonrisas y confianzas.

La vuelta a Madrid fue muy tranquila. La música elegida para el trayecto de regreso a sus respectivas vidas, como siempre, les mantuvo sumergidos en un sentimiento de unión, conexión y protección. Dentro del enorme todoterreno que Toño conducía desde que estaba enamorado, no había sitio para malos pensamientos. Ella lo había elegido con mucha ilusión, tapicería, colores, texturas... todo, al detalle. Aquello, junto con las habitaciones en hoteles escogidos minuciosamente para cada encuentro, construía su minúsculo mundo preparado a medida. Nunca se dejaban ver en público en la gran ciudad, nunca paseaban su amor de una forma abierta, jamás se besaban sino estaban completamente a solas. Por eso era tan importante el hecho de tener un lugar para ellos dos retirado del mundo, lo hablaron en multitud de ocasiones. Aunque la idea no hubiera sido tan bien recibida como él deseaba... ¿cuál habría sido el motivo?

Eloísa era diseñadora gráfica, trabajaba como freelancer desde hacía un año y no le iba mal. Toño la había apoyado con aquella decisión ya que nadie en su familia quería hacerlo. No entendían cómo iba a dejar sus estudios por algo que no era ni seguro ni estable. Pero ella lo hizo y montó un pequeño proyecto en internet con el que ya se ganaba un sueldo digno.

Al dejarla aquella noche, como siempre, en un par de calles contiguas a la suya, se despidieron con un largo abrazo que les dejó a ambos muy pensativos. El salto que habían hecho aquella mañana en la montaña les había liberado de muchas tensiones, pero al parecer, el día había traído otras tantas. Un sentimiento de tristeza profunda había sobrecogido a Toño, sabía que no había sido tan buena idea como él creía, pero aun así, confió. Confió en que ella supiera valorar el gesto e interiorizar y aceptar aquella noche todo lo que había pasado. Al día siguiente lo verían todo más claro y con más perspectiva.

Eloísa esperó a ver desaparecer el coche para coger nuevamente el teléfono móvil. Se apresuró a volver a contactar con su nueva amiga, pero pudo comprobar que aquel mensaje no se recibía. Decidió dejar de pensar en todo durante las próximas horas y llegar a casa para descansar y recargar pilas, sin más.

La noche parecía tranquila, no había demasiado tumulto por las calles que normalmente, tenían gente acelerada que iba de acá para allá sin pararse demasiado. Era un barrio ruidoso y con mucho tráfico, pero en aquellos instantes a ella le pareció muy apacible. Le gustó esa sensación, y le acompañó hasta llegar a su portal dándole calma y sosiego antes de encontrarse con sus padres que como siempre, estarían esperando en el salón para interrogarla. Sobre todo su madre.

—Ha venido tu hermana preguntando por ti pero ya no está. Se fue con ese vecino del quinto amigo suyo tan maleducado y harapiento. Y tú... ¿tú tienes idea de la hora que es? Espero que tengas una buena razón para llegar tan tarde. Bueno, mañana hablamos ahora no me da tiempo. No hay cena preparada, calienta una pizza al horno si quieres. Nosotros saldremos fuera, llegaremos tarde, ¿sabrás apañarte?

Su madre era como una escopeta de repetición, no paraba de hablar ni para coger aire. Aún no sabía cómo su padre era capaz de soportarla a su lado, era un bendito. Ni siquiera miraba la tía, ella disparaba sin apuntar hiciera blanco o no. Aguantarla era un suplicio. Salieron casi inmediatamente y su madre cerró la puerta con fuerza, echando la llave aparatosamente deprisa como si fuera un carcelero malhumorado que se tiene que ir a cenar.

Mientras se desnudaba para ponerse el pijama, Eloísa intentó volver a contactar con su amiga, tenía que contarte aquello, no quería esperar... Esta vez parece que sí que le llegó su mensaje al instante, a los dos minutos ya le estaba contestando. «Tranquila Eloísa, cuéntame despacio, ¿qué ha pasado?», leyó.

Hizo memoria de lo que había vivido en aquel día, tenía una mezcla de sensaciones que no sabía muy bien cómo explicar, pero aun así, fue fiel a sus principios y a lo que estaba brotando en su interior y escribió: «Creo que esto ha ido demasiado lejos, ha comprado un chalet para nosotros. Me ha dado muchísima pena, tenías que haberle visto, no sé si voy a ser capaz de continuar con esto»

La conversación con su nueva amiga se alargó hasta bien entrada la madrugada, le vino bien el desahogo ya que no podía hablar con nadie de sus sentimientos respecto a Toño, de sus miedos precoces y sus contradicciones. Nadie más sabía de su relación, excepto ella. Hacía poco que se conocían, cinco meses más o menos. Cuando entró en su vida sintió de inmediato que era algo del destino, encajaban a la perfección y podía contar con ella para casi todo. Aunque se sentía extraña al principio, pero era algo normal, no sabía por qué se sentía cómoda para contarle sus intimidades a aquella desconocida. Ejercía un raro poder sobre ella que no lograba comprender... Además estaba lo de la diferencia de edad, aquella chica le sacaba casi veinte años, pero como amigas fue algo así como un flechazo, sabía de lo que hablaba porque había tenido pocas en su vida de esa forma. Con sus dos mejores amigas le había ocurrido lo mismo, flechazo y amistad sincera y duradera. Pero con ella había algo más, una conexión un tanto maliciosa que las unía y las mantenía enganchadas casi a diario del móvil a la espera de noticias frescas, como decían ellas.

Eloísa la conoció por trabajo. Un buen día le llegó un email de contacto para un diseño de una firma de ropa madrileña bastante importante. Necesitaban un logo nuevo, perfilar una línea algo más definida de la que aquella mujer tenía en mente para un relanzamiento de la marca. Le había enviado un escaneo de un boceto a mano con bastante buen gusto y fue suficiente para seducirla y hacerla aceptar la oferta. También le llamó la atención la posibilidad de colaborar a largo plazo y

encargarse de todo el diseño.

Si aquello iba bien, siempre tendría proyectos interesantes que realizar, le interesaban clientes de ese tipo, fijo y mensual con buenos ingresos para su bolsillo. Y un buen día, pese a que no lo veía muy buena idea en un principio pues no quería desvirtualizar a sus clientes, tomaron un café para hablar del nuevo proyecto. Y ahí mismo es cuando surgió su amistad. Al conocer a aquella mujer tan importante se sintió importante, fascinada. Y sobre todo al ver que tenían tan buen feeling. Desde entonces, y poco a poco, entre ellas fue surgiendo una relación muy especial. Mantenían el contacto profesional un par de días a la semana, siempre había trabajo que hacer para la firma. Pero desde hacía un tiempo hablaban a diario por otras cuestiones. Desde el principio aquella nueva amiga se interesó por su relación con Toño y parecía entender a la perfección lo que ella estaba experimentando.

—¿Y qué piensas hacer Eloísa? —le dijo al otro lado del móvil.

—Pues no tengo ni idea, me he quedado en shock hoy. Tenías que haberle visto, casi parecía que se iba a romper allí mismo...

—Bueno, a ver, que no cunda el pánico reina. Mañana lo verás todo más claro. De momento, tú sigue adelante y ve poco a poco con todos esos sentimientos. Lo de la casa, pues ya lo irás viendo, lo mismo te interesa nunca se sabe Eloísa...

Su amiga era fría y calculadora. Todo en ella tenía un por qué, desde sus palabras de aliento para los asuntos de amor, hasta las relacionadas con temas laborales. A veces sospechaba que bajo cada acción había un motivo oculto, últimamente le sorprendía bastante con sus consejos, sobre todo los relacionados con Toño... Parecía que no dejaba nada al azar, según ella misma, la premeditación guiaba su vida desde que era pequeña y la soltaron en aquel centro de acogida. Se veía que no había sido una niña feliz, aunque tampoco le sorprendía, eso del abandono debía de ser algo muy duro.

Eloísa soltó el móvil, cogió su bolsa de golosinas del cajón de siempre y se dejó caer en la cama con un trozo de regaliz en la mano. Masticó con fuerza mientras rumiaba sus pensamientos más profundos. El techo de su habitación le hizo de pantalla para proyectar imágenes repetidamente del día de su aniversario. Aquel año juntos había sido maravilloso, después, y pasados unos meses del inicio y tras conocer a su nueva amiga, todo empezó a cambiar. Hasta ese justo momento, allí tumbada y reflexiva como nunca antes, no se había dado cuenta de ese detalle... «¿Habría afectado en algo eso? ¿Algún mal consejo que ella tomara al pie de la letra?», meditó. Ahora, sobre la cama y con el sabor de la fresa y la nata como dulces compañeras, arrojaba sus sentimientos más ocultos al exterior, hacia allí arriba, para incrustarlos en cada grieta que contemplaba e ir manifestando lo que el subconsciente tenía que decirle... «¿Sentía remordimientos?, ¿Estaba haciendo bien con aquella relación? Las cosas habían cambiado, eso estaba claro, pero, ¿hasta cuándo tendría que seguir así? ¿Mejor pararlo a tiempo? ¿Por qué se sentía ahora extraña con su amiga?»...

En ese momento, Toño la sacó de aquel torbellino de pensamientos con un mensaje bastante tranquilizador. «Sé que estás despierta, te veo en línea. Ya sabes que estoy aquí, a tu lado, y lo estaré siempre pase lo que pase, ¿lo sabes verdad? No tienes por qué contestar. Te quiero mi niña».

Y Eloísa se dejó caer en un profundo sueño que la devolvió a la infancia, vestida de blanco encaje, subida en un pequeño columpio de madera que no paraba de volar hacia las nubes.

A la mañana siguiente un sol brillante anunciaba un nuevo día reluciente y esplendoroso con muchas posibilidades. Al menos eso le pareció a él.

Esperaba que su pequeña hubiera descansado y también hubiera sentido agradecimiento o satisfacción, valorando el regalo que con tanto esmero había preparado. Aquella bonita casa en la sierra era todo para él, significaba una nueva vida juntos, un sueño cumplido y sobre todo, una vía de escape para su triste vida.

Su mujer aún estaba en la cama, semidesnuda y con el antifaz para dormir puesto. «¡Mírala!», se dijo, «si parece que no ha roto un plato en su vida»... Un plato quizás no, pero lo que Antonio no sabía era que muchos corazones se habían partido por su culpa, demasiados para ser tan joven. El suyo ni era el primero, ni iba a ser el último. Pero siendo tan buena persona, sintiéndose tan solo, teniendo tan poca autoestima como era su caso, jamás se había atrevido a tan siquiera insinuar que pudiera verse con otros hombres. Olía colonias masculinas en su cuello, veía joyas nuevas, bolsos, zapatos y un largo etcétera que él, como persona observadora pero cautelosa, venía detectando en su vida. Pero callaba, callaba y continuaba con su día a día como si nada hubiera pasado entre los dos. Además, sabía que era una mujer caprichosa y codiciosa, amaba el dinero por encima de todo, no sabía darle el valor auténtico que este tenía para él. O por lo menos ahora que había vuelto a la vida con su Eloísa. Ahora, resucitado, significaba algo más que lo estrictamente económico, era algo casi espiritual, un indicativo de una riqueza que su mujer jamás comprendería.

Ese día, en esa mañana en que se levantó tan confuso como esperanzado, se prometió a sí mismo que daría el paso, que pronto saldría de allí tirando de su maleta y sin mirar atrás.

Mandaría a su abogado para que hiciera las cosas bien y cerraría aquella puerta para no volver a abrirla nunca más.

Ya quedaba poco, en menos de un mes acabaría todo, y él podría empezar de nuevo con la persona con mejor corazón que había conocido hasta ahora. Su bella y tierna niña.

Pronto sería mayor de edad, pronto podrían vivir juntos, tan solo tenía que encajar aquel regalo. Cogió una taza de café y se asomó al balcón de la habitación. En ese instante, notó vibrar el móvil en su pantalón. Y ocurrió lo mejor que le podía haber pasado. Un mensaje, tan solo un mensaje le había puesto el corazón a mil por hora: «Gracias por la casa amor, hoy lo veo todo más claro. Disculpa que me asustara tanto, es lo más bonito que nadie ha hecho por mí jamás». Respiró profundamente. Los próximos días se sucedieron plácidamente y con calma, trabajo y más trabajo le llevaron a no pensar demasiado y a dejar pasar las horas con ilusión y alivio.

Clara era maliciosa por naturaleza. Tenía amantes desde el principio y «la doble vida» era parte de la suya. Su matrimonio era una farsa, y como veía que su marido sospechaba de ella desde hacía algún tiempo, estuvo muy alerta y con los ojos bien abiertos por si acaso.

La maldita cláusula de aquel contrato firmado antes de la boda era lo único que la importaba, con lo que tendría que cubrir bien sus espaldas y pillarle a él en un renuncio. Buscar la oportunidad. No quería quedarse sin nada por ser infiel, eso no iba a consentirlo.

Se había propuesto arruinarle la vida a aquel hombre y lo tenía claro, iba a conseguirlo. Para ello se acercó a la dulce Eloísa, no fue algo fortuito, y esta, al ser tan joven e inocente aún no sospechaba nada. Pero pronto sabría la verdad.

En su día, y tras sus sospechas, cogió el móvil del trabajo a su marido para averiguar quién era ella. Y ahí empezó a urdir su malévolo plan de ataque, no le llevó mucho tiempo.

Él era tan pusilánime, tan predecible e infantil, que fue sencillo. Luego la contactó, pronto el resto sería historia.

Aquella mañana había quedado con ella para desayunar y hablar de trabajo. Tenía entre manos una nueva línea de ropa para el otoño próximo y llevaba varios bocetos publicitarios en el móvil para comentarlos. Necesitaba una campaña potente y su cabeza bullía de ideas frescas y atrevidas. Se avecinaba una época de muchos cambios y estaba segura de que con ese anzuelo de promesas futuras, tendría mucho ganado.

Desde el principio se había percatado de la ambición de aquella chiquilla que diseñaba tan bien, de lo mucho que valoraba de sí misma su talento creador y de que haría lo que fuese para mantener su firma atada. Había dejado muy claro que quería conservar aquel trabajo soñado. Es decir, que ella era su mejor baza para ganar la partida a Toño. Tenía un buen póker en las manos y muchas ganas de verle soltar toda la pasta sobre la mesa.

Después de llenar el estómago con deliciosas pastas y rosquillas artesanas, llegó el momento de llenar de ilusiones su inexperto corazón. Le compartió aquel proyecto de futuro, todo lo que suponía ella como diseñadora para la empresa, qué cosas podrían hacer juntas a partir de ahora, qué viajes llegarían con la nueva promoción...

París era la próxima parada, ya sabía que después de que ella viajara a Barcelona con la firma hacía unos meses, vendrían otros destinos que quizás pudieran compartir. Todo esto no le supuso ningún conflicto a Clara, en el fondo valoraba mucho su trabajo, aunque tampoco le temblaría el pulso al despedirla si había problemas en cuanto consiguiera sus oscuros propósitos.

—Tienes que madurar amiga mía. Te voy a decir cosas que quizás no quieras escuchar, pero me pediste la otra noche que opinara con sinceridad del regalo sorpresa...

Clara permaneció atenta.

—A ver cielo, ¿acaso no te molesta ser la segundona? piénsalo un momento, ¿por qué crees que te ha hecho ese regalo? ¿Una casa para los dos? ¡No me jodas! Venga ya... quiere alejarte de todo, de tu trabajo en la ciudad, de tus sueños. Quiere encerrarte como a una princesa en su castillo ¡y eso no!... No quiere que le estorbes, no quiere que os vean juntos, eso no es amor. ¿Crees que te prefiere a ti antes que a su mujer? Pues que sepas, y se de lo que te hablo, que tienes que ponerte en su sitio ¡pero ya! No te digo que le dejes, pero sí que le des un escarmiento, de eso sabemos las mujeres maduras y eso tienes que aprenderlo tú también. Y cuanto antes, mejor —Hizo un sonido extraño, una mueca como de bruja mala que precedía a las carcajadas típicas que soltaba. A veces, conseguía asustar a la pobre chica.

Y prosiguió hincando el dedo en la llaga.

—No tienes ni idea del manejo de los hombres Eloísa, ¿confías en mí?

—Sí, totalmente amiga. Pero no había pensado en todo esto así como lo planteas tú...

—Pues es el momento —apartó de inmediato el material de trabajo de la mesa, guardándolo en su maletín de Prada con cierto aire de superioridad. Se recogió su larga melena rubia en un moño improvisado y después, miró a su amiga a los ojos fijamente tras un lento trago de agua.

—Yo te voy a proponer algo, pero tienes que prometerme que no vas a poner el grito en el cielo y que te lo pensarás. No creo que seas tan mojigata como aparentas y además sé que tienes muchas ganas de triunfar en la vida. Yo sé cómo puedes hacerlo, coge mi mano y avancemos juntas en esto.

—Bien, dime cómo. Iré contigo.

—Espera, deja que te cuente, y no te precipites porque vas a sorprenderte, espero no asustarte.

Tenemos poco tiempo. Antes del último día de este mes tiene que estar todo listo.

—Mira, antes de mi cumpleaños ¡qué casualidad! —sonrió Eloísa con inocencia.

—Exacto, eso es. Justo antes de ese día, no es casualidad. En realidad necesitamos anticiparnos a tu cumpleaños, una semana de antelación, con eso es más que suficiente.

—No entiendo, ¿para qué amiga?

—¿Cómo me llamas tú?, ¿cómo te dije que era mi nombre?

—«C»—sonrió con gesto de no entender nada extendiendo las manos hacia delante—. Aunque en realidad siempre nos decimos «amigas» pero no entiendo por dónde vas, lo siento pero no te sigo.

—Exacto, C. Gauté. ¿Pero sabes por qué nunca te he dicho cuál es mi nombre?

—Pues no, y tampoco me ha importado. Lo tenía muy fácil, conociendo la firma y pudiendo investigar un poco más por internet, pero vamos que eso me da igual...

—Porque me llamo Clara, soy la mujer de Toño querida.

En ese momento la sangre se le congeló bajo la piel y se quedó totalmente paralizada. Eloísa no era capaz ni de tragar saliva. «¡Cómo podía haberla hecho tal cosa!», no podía reaccionar. Se quedó mirando a la copa que en su momento contuvo el zumo de naranja, se fijó en los restos de pulpa que se habían quedado pegados a la pared de cristal, se limitó a seguir el rastro que había dejado tras ser bebido.

—Si te niegas a hacerlo, si le dices que no sabías quién era yo, no va a creerte, me aseguraré de ello. Le convenceré de que llevas planeando esto conmigo desde hace mucho tiempo, y créeme, Toño cuando duda no conoce, se ciega.

Consiguió tragar algo de saliva, pero fue insuficiente. Se le había secado la boca por completo y buscó su pequeña botella de agua en el bolso con nerviosismo para poder beber y con suerte, aclararse un poco.

Al fin consiguió el agua y también respirar profundamente. Falta le hacía porque había pasado un momento complicado, un ataque de pánico en toda regla. Las palpitaciones se le habían subido a la garganta y sentía mareos súbitos.

Por su cabeza, un devastador torbellino había arrasado con todo, con todo menos con el brillo de esa moneda de cambio que Clara le había propuesto al principio de la conversación. Tenía que reconocerlo.

—Espero que hayas escuchado con atención todo lo que te ido diciendo mientras entrabas en pánico querida...

—Estoy bien —dijo Eloísa muy tajante. Quería pedir tiempo muerto, tenía que ir al baño pero no pudo decir nada más. Se levantó apresuradamente y se fue sin mediar palabra.

Clara miró escudriñando el sitio vacío, «bien, se ha dejado el móvil». Y se relajó en la silla echándose hacia atrás y soltando de nuevo su melena para peinarla con los dedos abiertos. Entonces, esbozó una sonrisa maliciosa. «Mi plan ya está en marcha», pensó.

Mientras, en el baño, Eloísa se mojaba la cara furiosa y malhumorada sin perderse de vista frente al espejo, sin apartar la mirada de esa niña defraudada convertida, quizás, en una mujer despechada demasiado pronto. Ella no sabía que estaba siendo manipulada por su propia amiga, dedujo que no había sido elegida al azar, sino para hacer daño a Toño por alguna razón que ella ahora no entendía. Pero eso no la hizo desconfiar de su propia valía, de la perfección suprema de su trabajo. Así que cuando consiguió despejar sus ojos de lágrimas sacó un coiletero del bolsillo y se hizo un moño alto. No iba a perder la oportunidad de triunfar en su vida, así que, se dirigió de nuevo al salón con paso firme y quizás una nueva altivez que acababa de florecer en ella casi a punta de pistola.

En la mesa le esperaba aquella maestra despiadada para preparar con meticulosidad la venganza perfecta.

—¿Quedamos esta tarde donde siempre? ¿Me recoges sobre las seis? —carraspeó y espero impaciente su respuesta rezando para que no notara que le temblaba un poco la voz.

—Mi niña linda claro que sí, allí estaré. ¿Vas a querer ir a nuestra recién estrenada casa o prefieres hacer otra cosa?

—A la casa —no se creía lo que estaba a punto de hacer, quería a ese hombre. Ahora, un sentimiento desconocido para ella estaba comiéndosela viva por dentro. Era culpa. ¿Qué clase de persona haría eso? ¿Cómo era posible que se hubiera dejado convencer por aquella amiga que resultó ser una verdadera arpía?

A Toño se le salía el corazón por la boca de pura alegría y goce. Al final todo iba a salir bien y podría tener esa vida perfecta que tanto ansiaba.

—De acuerdo, a las seis en punto me tendrás allí pequeña.

Nada más colgar, Eloísa soltó un par de lágrimas y mientras se preparaba para aquel encuentro, iba recordando cómo se desarrolló todo.

Para ella el primer año había sido algo mágico, inocente e inevitable. Pero en la recta final empezó a sentir otro tipo de cosas, ahora ya entendía lo que había pasado.

Se había convertido en algo extraño, con consejos malintencionados de fondo. Algo más tormentoso y a ratos desconcertante.

Respiró aliviada porque al menos, todo encajaba. Ahora comprendía ciertos matices que la habían desconcertado de sí misma, sobre todo de su comportamiento...

Esa tarde, después del plan que habían trazado finalmente juntas, lo más probable es que él no quisiera saber nada más de ella, la relación se acabaría, porque si no ya no habría confianza, sería un camino hacia ninguna parte.

¿Qué pasaría después? ¿Tendrían que recurrir a las últimas medidas planeadas?

No tenía ni idea, esperaría a ver su reacción porque era posible que no quisiera verla nunca más si la cosa se destapaba del todo.

Aquella señora había entrado en su vida de repente y ella había sido guiada directa al precipicio, porque, sin saberlo, era la marioneta de una auténtica mujer fatal. Aunque por otro lado, también tenía claro que ella misma había inclinado la balanza hacia el lado profesional, eso había que reconocerlo.

De imaginarse conseguir esa vida que siempre había ansiado se le ponía la piel de gallina, con lo que estaba claro que prefería el éxito antes que a Toño. «Quizás tampoco fueran tan distintas». Un escalofrío le recorrió ahora el cuerpo, su cabeza era un volcán que había explotado y ella estaba helada de frío... Pero siguió pensando, necesitaba comprender lo que había hecho y sobre todo, lo que estaba a punto de hacer.

Salió a la calle y sintió un aire fresco que le golpeó en la cara con fuerza. Era la bofetada perfecta, la que necesitaba para espabilarse y dejarse de tanta autocompasión y de culpa, ya que lo que también estaba claro es que su esposa no le había dejado muchas alternativas, fue una encerrona en toda regla.

Era evidente que jamás permitiría a su marido salir de su vida y dejarla con las manos vacías, su jugoso patrimonio era demasiado grande como para no querer un buen pedazo por las molestias

vividas. Con lo que su única opción al menos, tenía un lado bueno.

Era una extorsión sí, pero económicamente saldría beneficiada porque además, Clara se comprometió a entregarla un sobre con diez mil euros que la servirían para largarse de su casa y empezar con su nueva vida.

«Qué menos después de la que le había montado». Además, continuaría con la firma de ropa, ese era el trabajo de sus sueños, así que el resto no tenía que importarla, como bien le dijo ella, necesitaba madurar. Tan solo había que ver la situación con perspectiva, «todo tiene daños colaterales lógicos cuando se presentan dificultades no calculadas».

Ahora, tras el frescor de la calle y la nueva reflexión, ya se sentía más adulta y preparada.

Toño no se percató del cambio en Eloísa, la forma tan fría de comportarse, su atuendo escogido para aquella tarde, sus aires y ademanes nuevos, mucho más calculados...

Naturalidad cero, cualquiera lo habría notado. Pero en aquel momento él solo pensaba en lo feliz que se sentía, en lo dichoso que le hacía estar a su lado, no reparó en nada más.

Ya estaban en la casa y la tarde había caído dejando un aroma intensísimo allí en la sierra, con un horizonte teñido de rojo que resultaba muy evocador.

Toño había llenado el maletero de bolsas, se había pasado el día en el centro comercial comprando comida, bebidas, incluso algunos detalles para decorar el dormitorio. Ajeno a todo, canturreaba de aquí para allá sin fijarse en que su chica estaba ausente y pendiente en todo momento del teléfono móvil. Metía bolsas, las organizaba en las distintas habitaciones, servía vino, ponía música, le soltaba un beso de vez en cuando...

Clara estaba a punto de llegar a la puerta de la casa, Eloísa esperaba la señal para prepararlo todo y desnudarse. Habían elegido el salón, ni siquiera tenía que acostarse con él, tan solo fingir que iba a hacerlo para propiciar el momento de «la pillada». Debía dejar despejada la ventana, la idea era no usar el vídeo, tan solo tendría que valer con que Clara los viera juntos desde afuera.

Si la cosa se complicaba y él se negaba a cumplir con sus exigencias, entonces se destaparía todo, dejando patente que ambas estaban compinchadas en aquello y que tenían un vídeo que demostraría el abuso a una menor.

«Que empiece la fiesta», leyó en el mensaje.

Era la señal, a partir de ahí, tenía quince minutos exactos para preparar el escenario. Cogió el móvil y lo colocó estratégicamente para grabarlo todo. Llamó a Toño rápidamente y le hizo bajar.

—Amor, te necesito aquí ya. Déjalo todo y ven ahora mismo.

—Dame un minuto preciosa.

—No, tiene que ser ahora Toño. Yo no puedo esperar más —mientras hablaba se iba desnudando y preparándolo todo a su alrededor. Pelo revuelto, algún moratón pintado de cara a la cámara (que ya traía hecho de casa), unas esposas, una fusta para él... Todo comprado por Clara y organizado al detalle, guion incluido. Era importante mencionar ciertas cosas para quedaran muy claras en el vídeo, tenía que parecer un abuso real. Se tiró a la alfombra y se transformó metiéndose en el papel que había imaginado horas antes.

—Dios mío, ¡qué es todo esto! —no daba crédito a la escena que tenía ante sus ojos, aunque la sorpresa le encantó y no había terminado de hablar cuando ya estaba prácticamente desnudo y listo para la acción.

«Ven tonto, date prisa» decían sus ojos. Sus labios en cambio pronunciaban otras cosas que él no entendía... Eloísa ya había dejado las cortinas totalmente descorridas, el móvil apuntaba a ese ángulo en cuestión y se había esposado a una cuerda que estaba enganchada en la puerta trasera.

Clara ya merodeaba por allí y había echado un ligero vistazo. Estaba excitada, tremendamente excitada, pero no sexualmente hablando, era algo mucho más intenso. Era presa de su propia

maldad, su plan era perverso y retorcido, perfectamente calculado para hacer tambalear la posición cómoda en que vivía su marido hasta entonces. Editaría y enviaría el vídeo convenientemente si fuera preciso, ya tenía todo pensado si el plan inicial no fuera suficiente. Sonreía maliciosamente pegada a la pared junto a la ventana y contaba hasta diez para golpearla enérgicamente como mujer engañada.

El puño cayó sobre el cristal como un trueno que anuncia tormenta, sus ojos atravesaron los de Toño y le helaron el corazón. Estaban lo suficientemente cerca como para sentir las voces que ella daba, pedía a gritos que abrieran la puerta con el móvil en la mano señalando la foto que acababa de hacerles.

Toño tapó como pudo a Eloísa, aún esposada, y abrió la puerta con miedo. Se imaginó que le había seguido hasta allí, ¿cómo había podido ser tan descuidado? Entró la fiera de su mujer vociferando y maldiciendo mientras dejaba caer su pesado bolso en la mesa.

Ahora ya no había marcha atrás, Eloísa sintió terror y tardó unos segundos en recomponerse y decirse a sí misma lo que necesitaba escuchar en ese instante, «todo está bien, todo va a salir bien». Pero aun así, temblaba. Deseaba que no fuera indispensable usar su grabación, rezaba por que fuera suficiente aquella foto para convencerle de lo que Clara le pidiera. No tener que formar parte de ese final sería tranquilizador dentro del caos que habían organizado en sus respectivas vidas. Jugaron con él, con su bondad, con su temerosidad y su confianza. Pero es que con ella también había jugado aquella mala pécora, no quería olvidar que estaba siendo extorsionada...

Se habían marchado a la cocina, estaban gritándose mucho los dos y ella lloraba mientras se quitaba las esposas y buscaba su ropa. Intentó entender lo que decían, pero estaba completamente bloqueada y no tenía ni idea de por dónde se andaban en aquella atropellada discusión. Pero pronto salió Clara de la cocina, haciendo ver con gestos a Eloísa lo que necesitaba. Su móvil.

La última lágrima recorrió su mejilla, ya no saldría ni una más.

Aprendió desde hacía pocos días que en la vida, para conseguir algunas cosas, había que sacrificar otras, así que se limpió severamente y entró en su papel de niña manipuladora en menos de cinco segundos.

Cuando Toño llegó llorando al salón, ya no había ni rastro de la dulce Eloísa. Ni siquiera le temblaba la mano sujetando la pantalla mientras el pequeño vídeo se reproducía...

Tampoco sintió dolor en el corazón mientras escuchaba como Clara le escupía el chantaje en la cara, tan solo frío. Pero dentro de ella sabía cuál era su camino ahora, ese que trazó cuando aceptó el trato en aquel inolvidable desayuno de brujas. Ya sabía dónde se dirigía, no estaba perdida y desamparada, ahora tendría un gran respaldo.

—Pero... pequeña, ¿qué has hecho?, ¿cómo me has engañado así?

Eloísa bajo la cabeza y no dijo nada.

—El que calla, otorga, ya veo. Que tonto he sido, creerme que tú...

Se prometió a sí misma no permitirse sentir más culpa si llegaba ese instante, ni mirarle fijamente a los ojos, ni pensar en el último año vivido. Se había preparado para ese momento a conciencia.

Toño salió de la casa desconsolado, entregando las llaves a Clara y sin mirar atrás. Ellas recogieron todo aquello y se montaron juntas en el coche de vuelta a la ciudad. La noche era de un negro profundo y se respiraba un intenso aroma a jara por toda la zona. Se miraban de vez en cuando aunque no a la vez, y Eloísa había puesto música para no hacer demasiado tenso el viaje. Pensó en Toño, claro que pensó en él, pero en su bolso había un sobre que la consolaría algo más que un abrazo, algo más que un te quiero. Se miró en el espejo retrovisor, «¿había conocido su alma gemela?», pensó que no, que eso no existía. Y por supuesto, pensó que todo tenía un precio.

Aunque cuando estaba a punto de llegar a su calle y pasó al lado de dónde él la esperaba siempre, un pensamiento cruzó su cabeza como una estrella fugaz, y es que, tal vez ella había borrado de un zarpazo esa posibilidad. La existencia del amor verdadero en su vida quedó sepultada bajo un corazón de hielo y un buen fajo de billetes.

VIOLETA GRIS

El viento golpeaba la ventana desde hacía unos minutos y finalmente, una ráfaga violenta acabó por abrirla de par en par. Ahí fue cuando se dio cuenta de que se le había ido el santo al cielo. Un frío helador le golpeó en la cara.

¿Cuánto tiempo había pasado en aquella postura mirando a la pared? No lo sabía, poco importaba porque aquel día tenía claro a lo que iba a dedicar el tiempo: absolutamente a nada. Solo quería desconectar, reconectar con ella misma y abrirse a sentir lo que tuviera que sentir.

Llevaba mucho tiempo estresada y poco atenta a lo que estaba ocurriendo alrededor suya, y mucho menos en su interior, y eso le estaba pasando factura. En consecuencia, hacía pocos días se había caído en medio de la calle por las prisas y las nubes en su cabeza, como le decía su padre de niña, llevándose por delante además a otra mujer en su estrepitoso tropiezo. «Disculpe señora, voy muy despistada últimamente». La pobre se desparramó en medio de la acera y todo el contenido de su bolso quedó visible en décimas de segundo, cosa que le disgustó más si cabe que la propia caída.

Otro incidente la había advertido de su alarmante estado mental. Fue su primera vez. Se había dejado una carpeta importantísima del despacho dentro de un flamante taxi, que dicho sea de paso, casi ni espero a que ella bajara para salir haciendo ruedas hasta el próximo cliente. No necesitaba más pistas, algo la estaba perturbando enormemente, jamás descuidaba las cosas del trabajo.

Y es que, cierto día comenzó a sentirse observada. Caminaba lentamente por las aceras de la ciudad cuando se dio cuenta por primera vez de que alguien la estaba mirando. Era muy temprano y tenía mucho sueño, aunque estaba cien por cien segura de que no era el cansancio y las horas acumuladas en el despacho.

No sabría muy bien cómo explicarlo pero tenía claro que detrás suya, había alguien oculto. Aquello comenzó a ser muy habitual. Y ocurría por las mañanas en su paseo diario hacia la oficina, pero también a la salida al restaurante a mediodía, incluso al regresar a casa, sentía cómo la miraban con sigilo.

Hubo un tiempo en que pensó que estaba volviéndose loca, que aquello no tenía ningún sentido, pero cierta mañana en que su compañera Marta hizo su mismo recorrido caminando, ambas lo notaron. Y ya no pensó jamás que fuera fruto de su imaginación o paranoia.

—¡Chica, que cosa más extraña! Habría jurado que alguien nos observaba mientras esperábamos a cruzar —dijo ella. Marta era una mujer muy pragmática, inteligente y nada impulsiva. Su meticulosidad le había procurado algún que otro enemigo en el despacho y era de las que además, no se callaba nada—. Incluso, he notado un par de veces como que alguien giraba la cabeza hacia atrás cuando yo volvía la mía, ¿lo has notado tú también?

Solo pudo sonreírle y encogerse de hombros, no sabía qué decirle, tampoco es que tuvieran demasiada confianza y no le apetecía tener esa conversación con ella. Pero estaba claro, su compañera tenía razón, mientras esperaban a cruzar estaban siendo vigiladas. Ya no había duda. La cantidad de personas que circulaban por la calle en hora punta era casi demencial, el centro era un hervidero constante de gente que no paraba de andar de un lado para otro y era complicado

identificar a nadie de una forma rápida.

Cuando empezaron a sucederse aquellos episodios Violeta ya había acumulado tensión hasta para regalar. Algo tenía que hacer. No podía dejar de mirar hacia atrás cada vez que se paraba a curiosear un escaparate, al subir o bajar de un taxi, al pedir una taza de café en su rincón favorito... Aquello no podría continuar así, ya estaba harta de esa sensación.

Pero lo que no quería era cambiar sus rutinas, ni tampoco extremar las precauciones. Era una mujer valiente, lanzada y aventurera que pensaba que si aquello estaba ocurriéndole a ella, sería por algo. No era cuestión de machacarse, pero comenzó a hacer memoria por si acaso había dejado alguna herida desconocida después de una relación sentimental terminada de mala manera. Fue lo primero en lo que pensó cuando se sintió observada, no podía ser una casualidad. Algún viejo rencor tras su paso, puesto que era una mujer arrojada y libre, y que no se cortaba en absoluto si algo no le gustaba de la otra persona. «Cuanto antes, mejor. Que luego escuece», decía. Tras de sí, quedaron más de una veintena de hombres (en los últimos dos años) que no esperaban un «lo nuestro se acabó» por respuesta al despertar por la mañana. Por ello pensó que quizás alguno...

Si tenía que ser sincera (y aquel parecía el momento de serlo consigo misma sin ninguna duda), recordaba muchas cosas que jamás recapacitó ni por asomo. Ahora se le estaban viviendo a la cabeza un montón de consejos de sus amigas más íntimas (sobre todo de las más tradicionales), esas típicas conversaciones y risas que se tenían con un vino encima de la mesa y abrazando algún cojín para compartir confesiones:

«Tía, no puedes tratarle así. Algún día vas a arrepentirte de haber sido tan hiriente. Le has fulminado. Luis quedó desolado tras esa última copa en tu casa...»

«¿Pero cómo se te ocurre dejarle plantado de esa forma? Fede es un gran tipo, a mí jamás se me habría pasado por la cabeza hacerle eso, tanta frialdad un día te va a jugar una mala pasada...»

«¿En serio le has dicho eso? Eres una mala víbora Violeta, ¿no puedo creer que hayas hecho algo tan ruin tía!...»

Y si seguía pensando, estaba segura de que podría recordar muchas cosas más. En cambio, decidió parar bruscamente y volver al presente, donde tan solo quiso retroceder unas semanas atrás, para poder situar los acontecimientos exactos que deseaba que ocuparan ahora su cabeza. Pero cuando comenzó a sentirse observada no imaginó que aquello pudiera desenvolverse de la forma en la que después lo hizo. Si se lo hubieran contado, jamás lo habría creído.

Aquella fría mañana, sentada en su habitación, sintió que se acercaba a una comprensión extraña. Cerró la ventana y se agarró a su taza de café recién hecho, aunque ya helado, cruzando las piernas casi en posición de loto. Era como si el haber vivido aquel estado meditativo encima de su cama la hubiera arrojado a un pozo de luz intenso. Veía claramente todas las posibilidades que había con absoluta tranquilidad. Esto, lejos de preocuparla, la relajó porque necesitaba contemplar aquel abanico extraño para saber si había algo que ella pudiera hacer. No estaba cómoda con su vida últimamente, eso lo tenía claro. Algo había cambiado en su interior y no sabía cómo nombrarlo. ¿Estaba creciendo? ¿Madurando? No sabía si el hecho de ser perseguida u observada tenía relación con sus acciones pasadas. O quizás fuera algo fortuito que la estaba conectando con sus actos vividos... ¿Su conciencia la estaba torturando? Eso era nuevo para ella. Pero el caso es que algo había en aquella reflexión que la cargaba de responsabilidad, fue como un pequeño y doloroso toque de atención que la hizo reaccionar de súbito.

«Pues bien, acepto». Dijo para sí misma. «Soy capaz de continuar con esto y que pase lo que tenga que pasar». Ni por asomo se había planteado ir a la policía, su intuición y cabezonería no se lo permitirían, podría con aquello ella sola.

A la mañana siguiente recorrió las calles más aliviada, sin la preocupación de ser observada y con una actitud más despreocupada, positiva y renovada de su actual circunstancia. Se sabía libre, sencillamente no iba a permitir sentirse controlada de ninguna de las maneras. Y ocurrió lo inesperado.

Mientras atravesaba un paso de peatones ensimismada en la cantidad de personas que cruzaban en dirección contraria a ella, alguien le puso la mano en el hombro por detrás.

—Señorita, su pañuelo —una voz muy masculina se acercó a su oreja con sumo cuidado, casi le acarició aquel tono grave y cortés. Le gustó, y se giró con una sonrisa en los labios.

Detrás de ella, un hombre alto y bien formado sujetaba su pañuelo con delicadeza. Sonriente también, se había quedado perplejo mirando como Violeta llegaba incluso a sonrojarse en décimas de segundo. Le colocó con lentitud el pañuelo alrededor del cuello, no sin antes haber respirado intensamente aquel aroma afrutado acercándolo a su cara.

«¡Cómo era posible! una mujer como ella bajando la guardia», pensó apurada. Pues sí, eso fue lo que pasó. Que un incipiente nerviosismo adolescente asomaba la cabeza y detrás de su pecho, el corazón corría desbocado ante la visión y el tacto de un ángel.

Se habían quedado sin hablar, parados en medio de aquel paso abarrotado que poco a poco se encontraría desierto ante el semáforo en rojo. Los coches comenzaron a pitar y les arrancaron de súbito de aquella situación tan abrumadora. Parecía que ambos habían sentido el mismo flechazo.

Violeta pensó por un momento qué pasaría si él fuera la persona que le observaba desde la sombra, recorriendo la ciudad a cada paso que ella daba. Siempre detrás, protegiéndola, buscándola... Ya no se sentía tan amenazada, más bien todo lo contrario, agasajada, adulada. Jamás se había sentido así. Le bastó con su gesto, su sonrisa y su voz para estar segura de lo que había pasado y permitirse temblar de inmediato.

Pero aquello dejó de tener sentido cuando el hombre reanudó su marcha sin tan siquiera dignarse a decirle «hola, cómo te llamas». No esperaba aquel comportamiento, se sintió rechazada de inmediato y enfadada después, cuando le perdió de vista entre la multitud de aquella calle principal. Cuando vio que se alejaba sin mirar atrás fue como cuando el primer amor te deja, colgada y sola, plantada en la puerta de la fiesta a la que deseabas entrar con él. «¿Se trataba de Karma? ¿Se habría portado ella así con algún hombre y la vida se lo estaba devolviendo?» Quizás sí, pensó... Pero eso no la alivió, caminó cabizbaja hasta llegar al despacho y allí hundió su cabeza en el teclado y los informes, que ya la estaban esperando apilados en su mesa de diseño gris. El color de su vida en aquel momento, el tono exacto en que su corazón de piedra volvió a lucir tras esos instantes ficticios, de felicidad profunda y desconocida, que vivió sobre el paso de peatones de la calle Esperanza.

SARA PASÓ

En la quietud de la noche quedó acurrucada, en un rinconcito de la cama posó su sombra y no quiso saber nada más del mundo. O al menos en aquel momento. Dejó que las horas pasaran y lo hicieran por encima suya, sin descanso reparador, sin apenas un minuto de reposo mental. La una, las dos, las siete y las ocho...

«Ya está, levántate, que empieza un nuevo día». Aquella voz de nuevo, como una coz puñetera en el culo le recordaba lo de siempre. Últimamente no llevaba una buena vida. Se estaba malcuidando como decía su abuela. ¡Ay la yaya!, siempre estaba en su pensamiento y también se acurrucaba en un rinconcito de su corazón. A cada paso, a cada piedra encontrada y no saltada, ahí estaba ella. Era su todo, y ya no estaba. Ya era nada. Tan solo algo que pinchaba en el pecho, irrespirable porque dolía y de ahí, no quería salir nunca. La muerte la sorprendió durmiendo y dejó a su nieta desolada.

Sara era la típica chica urbanita que no salía de su habitación. No necesitaba demasiadas cosas para vivir, su estilo de vida íntimo, minimalista y saciado de todo le permitía conformarse con el wifi y sus 10 imprescindibles de su lista vital. Tenía múltiples problemas mentales (o eso le decían los médicos) y jugaba con todos ellos a que era una mujer madura, que tomaba sus propias decisiones y que no dependía de nadie. Ahí salía la Sara rebelde y autoritaria con ella misma, diciéndose cosas horribles a la cara, siempre mirando por la ventana, viendo el mundo desde arriba y desde atrás. Siempre con la pastilla en la boca. Siempre con sueño y debilidad.

Su madre le había dicho aquella mañana que no se olvidara de desayunar y de recoger su habitación antes de ir a clase (era lo único que le decía todas las mañanas, pero sabía que era algo aprendido, mecánico y sin trasfondo). Ambas órdenes las había depositado con cuidado en el olvido para nada más ponerse de pie, encajarse sus auriculares y dejarse llevar por el fluir de las notas de aquel piano. «Total, a quién le importaba».

Le obsesionaba escuchar música, era tan necesario para ella como el beber Coca-Cola. Números uno y dos en su lista. Imprescindibles y vitales en su vida diaria.

No pensaba ir a clase, tenía claro su plan y también cómo llevarlo a cabo con una de sus maravillosas excusas de manual: «Mamá, no he dormido nada, he vuelto a soñar con la abuela y necesito descansar porque la cabeza va a estallarme»

Si a ella le costaba vivir sin su yaya, a su madre diez veces más. Aunque eran como el agua y el aceite y siempre andaban discutiendo, pero la abuela era la persona que se encargaba de todo en casa y era imprescindible. Desde administrar el dinero, hasta la gestión de la compra o el pago de los recibos. Si ella no se hacía cargo de ir al supermercado, no había cena. Su madre pasaba totalmente de las responsabilidades, bastante tenía con ella misma. Sin la abuela aquello no era un hogar, nunca podría ser posible una mínima convivencia si ella faltara...

Un día su madre pensó que sería buena idea dejar sola a Sara y se marchó una temporada a un hotel con un nuevo amigo, como siempre. No le duraban demasiado. Cosa que a Sara le resultaba bastante natural puesto que era una mujer inaguantable. Aquella vez, cuando ella regresó a casa tras la biblioteca, descubrió una nota en la pantalla de su ordenador diciendo «Mami no viene hoy a dormir», sin más. Entonces, acudió a la nevera y comprobó (como sospechaba porque la abuela

había estado con gripe los dos días anteriores) que no había ni un miserable paquete de salchichas.

¿Cómo confiar en aquella mujer? Que cuantos más años cumplía, menos ganas le daban de cuidar a su hija porque ya tenía edad para buscarse la vida.

Con lo que entre ambas la relación cada vez era más tensa.

Todo empeoró cuando Sara volvió de un viaje al Sur con dos de sus mejores amigas, Lili y Tana.

Al regresar a casa tras pasar dos semanas en la playa, se encontró con que su madre no había hecho ni la cama.

Recordaba perfectamente que dejó aquella mañana la habitación bastante revuelta por las prisas de hacer la maleta. Estaba todo intacto, tal como lo dejó antes de las vacaciones, presumía de tener memoria fotográfica. Como siempre, había pasado mala noche aquel día y el despertador no pudo arrancarla de un sueño placentero que tuvo de 8 a 10 de la mañana. Tuvo que salir disparada y dejarlo todo tal cual. El caso es que, no solo era la habitación lo que encontró así. Era como si un huracán de fuerza 5 hubiera pasado por cada estancia de la casa. El cuarto de baño estaba hecho un desastre, en una esquina del suelo estaba tirado, a medio enrollar, el papel higiénico con florecitas que tanto le gustaba. Tenía la marca de unos labios rojo pasión por uno de los bordes. El espejo, lleno de salpicaduras, el cepillo de dientes y la pasta, fuera de su vaso. El secador de pelo, aún enchufado, colgaba retorcido en plan suicida del toallero. Pero es que en el pasillo, había prendas de ropa tiradas a ambos lados, y también una maleta a medio cerrar en una esquina. En la cocina, una peste insoportable. Una botella de vino sin acabar a lado del fregadero (que estaba a tope de cacharros sin lavar) tenía entretenida a dos moscas que jugaban por encima. Dentro, en el lavavajillas, también había platos, vasos y cubiertos llenos de restos de comida. Lo mismo pasaba con el salón y su habitación.

¿Qué leches había ocurrido allí? ¿Había celebrado una fiesta? ¿Había salido justo después que ella a un viaje imprevisto con alguno de sus novios? No entendía lo que veían sus ojos... Pues eso, que a partir de aquel día la cosa empeoró.

Desde que Sara entró en la preadolescencia se había generado entre ellas una rivalidad feroz. Por parte de su madre, la comunicación se había roto. No quería saber nada de lo que su hija tenía que decirle, y eso contribuyó a que dejara de confiar en ella. «Para qué, si no la escuchaba nunca», pensaba a menudo...

Jamás se enteraría de cuándo se acostara con un chico, o con una chica, jamás de cuándo se bebiera una cervecita de más o se fumara su primer cigarro. Estaba claro, la vida las iba separando y llevando a cada una por un lado. Pero ella era la hija, no la madre. Debía de dejar de preocuparse por ese tipo de cosas y mirar hacia delante. Encontrar ella misma las respuestas y no dejarse llevar por sensiblerías. Si su madre quería hacer el gilipollas con su vida, que lo hiciera. Si quería tirar por la borda su relación, que lo hiciera. Si quería dejarla al margen, así sería. Si tenía que tener a su abuela como confidente, en lugar de su madre, que así fuera. Si era en ella en quien tenía que apoyar su cabeza para llorar, así sería. No iba a lamentarse nunca más, la vida con la yaya como compañera era más sencilla y enriquecedora. Y por qué no decirlo, más de madre/hija. El amor familiar no entiende de generaciones, eso da igual y le empezó a parecer irrelevante el no tener una madre normal.

Poco a poco desarrollaron un vínculo increíble, con 14 años Sara ya le contaba todo a su abuela. Desde amores hasta decepciones con su madre. El apoyo que encontró en ella fue incomparable. Con lo que ahora, con ella muerta...

Aquella mañana en su habitación, con su música en la cabeza, después de otra noche de

insomnio, pensó en algo distinto. Algo que jamás había valorado, en lo que ni por asomo creía poder llegar a pensar. El suicidio.

Vivía en una planta doce, tenía una bonita barandilla blanca bastante estable sobre la que poder subirse. ¿Quería de verdad hacerlo o solo quería ponerse a prueba? No estaba segura. Pero de repente, se encontró pensando en ello, sopesando la caída. Pensó que desde tan alto era imposible que fallara y se quedara mal o en silla de ruedas, eso era poco probable. Creyó que era una muerte más que segura.

Sin la tía a su lado se sentía vacía y con esa idea se quedó acurrucada de nuevo en la cama con su piano de fondo y su tristeza absoluta. Su madre tardaría aún unas horas, o quién sabe, con la nevera recién llena por la nueva asistenta (que dicho sea de paso era casi de su misma edad y también se aislaba tras sus auriculares), quizás no regresara aquella noche. Quizás ni se percatara de que su hija había desparramado sus sesos en plena calle hasta leerlo en Twitter.

Pero algo sucedió aquel día y dio un vuelco a su vida para siempre. Sin saber por qué, se levantó y se acercó nuevamente a la ventana. Fue como una llamada. En medio de la acera, alguien parado despertó su interés. Estaba mirando fijamente hacia esa misma ventana. Estaba claro, la miraba a ella. Sabía que era una señal, pero no lograba interpretarla. Aún.

Un impulso incontrolable la hizo sonreír. Y estaba segura de que la otra persona hizo lo mismo, aunque con esa altura a cualquiera le podría parecer imposible, a ella no. Llevaba observando la ciudad desde ahí arriba muchos años. Así que estaba segura de que le devolvió la sonrisa. De nuevo, por impulso, levantó la mano derecha con la palma mirando hacia la calle en señal de saludo. Con temor, esperó la misma respuesta durante varios segundos que le parecieron días. Pero llegó, una mano enguantada y grande se levantó para saludarla también y despertó en ella un ejército de mariposas aleteando hacia la garganta.

Y entonces pasó. Quiso vivir de nuevo.

En su cabeza se agolparon millones de pensamientos suaves, pero torrenciales, de que quizás ahora sería diferente.

La hicieron sentir más ligera, más persona, más merecedora.

Se vistió con inquietud y apresuradamente se quitó los auriculares lanzándolos tras la mesilla sin querer. Aquello la hizo sonreír de nuevo.

No cogió ni el móvil ni las gafas de sol, otros dos imprescindibles de su lista para sus salidas. Ya daba igual, todo se arreglaría. Por fin estaba aquí, había vuelto.

Cualquier cosa que desde entonces la preocupara, sabía que iba a desvanecerse ante ella con la fragilidad de una vela soplada para siempre. Porque el amor verdadero y puro, no entiende de obstáculos.

PARA NO VOLVER

Un huracán, eso es lo que era. Su mente estaba definitivamente programada para atentar contra él día y noche. Un remolino tempestuoso que le estaba costando la salud y que apenas le daba un respiro.

Y luego, estaba ella. Su ventisca particular, atronadora y fiera que silbaba como si fuera aire helado que se colaba por alguna de sus grietas, cada vez que no conseguía lo que buscaba... «¿Acaso es normal que una mujer como ella quite el sueño de esta manera y le mantenga a uno en vela?», se repetía una y otra madrugada...

Pedro nunca lloraba, el desahogo venía por otro lado. Se agarraba al pincel como si no hubiera un mañana y coloreaba sus días sobre el lienzo a veces desvencijado y húmedo, que le proporcionaba la noche. Siempre la noche... Pintar desnudo y sobrio no era algo compatible, así que ahora lo hacía vestido. ¿Por qué seguiría prescindiendo del alcohol para crear? ¡Maldita conciencia!, malditas reuniones afables que le arrancaron la cordura para meterle en la terapia grupal asistida. Ahora no había coherencia alguna en su arte... o quizás sí, y él no la veía.

Aquel era un jueves anodino que le incrustaba de bruces con su realidad atronadora: estaba solo y seguiría solo por mucho tiempo. Ella tenía otros planes, otra vida maldita como la suya. Otro curso, otro oleaje que la mantendría lejos de él por demasiado tiempo.

Buscó música sedante para mitigar el dolor escogido y pinturas nuevas. «Ojala en la copa hubiera vino», pensó. Conformarse con verdes, ocre y marfiles debería de ser suficiente; respirar y visualizar su nuevo cuadro, el objetivo para aquella nueva noche de luna llena. Pero no lo era, no parecía bastarle, volvía a ella, aunque ya sabía que era pasado siempre estaba en su presente. Y también volvía al viejo ansia del vino en su sangre para acompañarle en sus delirios y óleos.

Ya estaba frente al lienzo en blanco, había elegido un gran cuadro para vestir su nueva pared. Un metro y medio casi de largo para poner color y sabor al salón. Eligió el pincel más grueso que tenía, respiró hondo y cerró los ojos. Sus pensamientos arreciaban fuerte contra la pared desnuda, volviéndole loco en un intento desesperado de hacerle desistir y desplomarse en el sillón como la última vez. Pero entonces, sonó el teléfono.

—¿Si? —casi que se sintió aliviado de tener que contestar, porque la violencia de su mente ya estaba arrojándole de nuevo a la desesperación del cuadro vacío.

Al otro lado de la línea, un suspiro.

—Pensé que no ibas a cogerlo. No sabía si llamarte porque te hablé fatal la última vez que nos vimos, perdóname por favor amor mío.

En aquel instante Pedro dejó caer una lágrima. La acarició de inmediato porque no creía que fuera real, no podía estar allí. De hecho, miró sus dedos y los frotó hasta que la gota se secó ante su mirada inocente.

—Entiendo que no quieras hablarme, comprendo que estés enfadado. Pero escúchame por favor, quiero arreglar lo nuestro.

Un escalofrío le recorrió ahora el cuerpo, aquellas dos palabras, «lo nuestro», habían hecho trizas su corazón en los últimos meses. Eran un eco doloroso del que jamás salía su memoria porque según ella, «lo suyo» no había existido nunca. Y entonces recordó. Miró súbitamente un pequeño cuadro rojo que colgaba del comienzo del pasillo. Era el cuadro más costoso ypreciado de todos lo que había pintado, estaba cargado de simbolismo. Rememoraba aquella noche,

aquellas noches que siguieron a la primera, en que vestido por fin, pintó aquel recordatorio de su amargura, rojo como la sangre y claramente purificador.

—Cállate. Voy a colgarte.

Y aquello fue lo último que dijo al teléfono. Después, se sentó en el suelo y comenzó a llorar con todo el dolor que había contenido. Confuso, sintió también alegría, y una carga que había llevado en el cuello se desprendió extrañamente de él. Casi que podía verla alejarse en el aire y sonrió al pensar en hacer el típico gesto de adiós con la mano abierta. Y después de pensarlo, al final lo hizo. Se despidió serenamente de él y se tumbó para estirarse sobre su bonita madera de cerezo. Hacía mucho que no dejaba su cuerpo en reposo sobre aquellas láminas que un día fueron pisadas con los pies descalzos. Tenía que volver a ser aquel hombre salvaje que caminaba desnudo sobre el suelo, que pintaba desnudo sus cuadros, que brillaba desnudo en el silencio de cada lienzo en blanco...

Ahora por fin estaba en el camino, y no necesitaba empuñar ninguna botella ni tampoco ser testigo de un dolor ajeno. La vida le había dado otra oportunidad y ahora sabía cómo aprovecharla. Solo.

DE AQUÍ A ROMA

Se había quedado dormida aquella mañana. El despertador no había sonado y no sabía el por qué. Poco importaba. Lo que sí sabía era cómo había abierto los ojos: asustada, con taquicardia y sudorosa bajo las sábanas blancas que la habían visto dar las mil y una vueltas aquella noche. Pero se calmó al mirar por la ventana, fue serenándose poco a poco al ser consciente de que un nuevo día soleado y recién estrenado, podría traerle buenas noticias por fin. Después, sonrió al espejo ampliamente porque como casi siempre, había soñado con él y aún tenía encima esa sensación de calidez vibrante en la piel.

«Estoy deseando tenerte enfrente, besar todos los lunares de tu espalda, acariciar tus hombros», repetía una y otra vez a diario como si fuera un mantra, quizás con la esperanza de que él lo notara en la lejanía; que la magia de la vida le diera la oportunidad de comunicarse de esa manera con su espíritu o que esa energía que manaba de ella, le alcanzara por fin después de tantos intentos frustrados. Caminaba por la calle y lo pensaba, trabajaba atareada y lo pensaba, comía o cenaba y lo seguía pensando... «Te amo de aquí a Roma, no puedo parar de quererte», este pensamiento en bucle le brotaba de dentro, no podía evitar tenerle presente a todas horas, era algo casi enfermizo. «Ojala pudiera llamarte, ¿pero cómo hacerlo?», pensaba. Localizarle tras aquello le era del todo imposible. Su móvil, en el fondo del río, testigo mudo de aquel final tan abrupto al que volvía una y otra vez con los ojos húmedos. Ella, desesperada y ansiosa afrontando la nueva vida que tenía que transitar. Esta vez sola, en aquella nueva ciudad a la que escapó, sin conocer a nadie, sin su agenda con todos sus contactos. Sin él.

Desde la otra punta del mundo a él le estaba pasando lo mismo. Ansiaba verla, olerla, saborearla de nuevo. Su amor verdadero no daba señales de vida, «¿acaso no habría recibido su ramo de camelias a domicilio?», pensaba a todas horas. «¿Qué habría pasado con sus llamadas y mensajes?». Dudaba que le hubiera perdonado, él tampoco lo había hecho aún, no podía creer que no cumpliera la promesa que la hizo en aquel maravilloso viaje a Roma. «¡Maldito farsante estoy hecho!, jamás podré perdonarme a mí mismo... Iba a alejarla de todo aquello, de él y la ciudad despiadada en la que vivían, pero en cambio...»

Estaba a punto de entrar en su casa y como siempre, miraba el teléfono con necesidad y miedo a partes iguales, ya que dentro había poca cobertura y no se podía permitir prescindir de ella durante mucho tiempo. Siempre esperaba un rato allí fuera, inquieto y expectante sentado en las escaleras, y luego como cada noche, entraba desolado hasta que un nuevo día llegaba con la esperanza de establecer contacto. Pero el sol salía de nuevo y sus esperanzas se iban rompiendo a cada momento, a cada paso que daba se cerraba una puerta por la que jamás volvería a poder entrar.

RESCATANDO MOMENTOS

Se encontraba en el suelo, con la espalda recta apoyada en la pared de yeso. Sentía la necesidad imperiosa de llorar, de hacerlo a bocajarro. Su amiga lo había notado, lo hizo desde bien temprano al teléfono, por eso la invitó aquella tarde a fumar y ver pasar las horas en su cuarto. La conocía bien, la dejó a lo suyo. Con la mirada perdida en la pared de enfrente, la de la cama revuelta y llena de bártulos.

Entonces, Sonia comenzó su discurso. Hondo pero ligero, íntimo y como siempre, muy revelador.

—Verás amiga, esto es lo que tengo dentro. Y debo plasmarlo en mi nuevo libro, debe de quedar perpetuo, escrito a fuego para que lo recuerde siempre —y tras una pequeña pausa meditativa, sacó una finísima libreta de su bolsillo trasero.

Quería recitar aquellas palabras a la cara de la única persona que podía comprenderla en ese instante. Ya no eran dos adolescentes alocadas y distraídas, ya podían pasar página.

—Te leo, ¿o.k?

—Dale sí sí.

—El amor emborracha y ciega al individuo. A veces privándole de cosas y en algunas ocasiones, otorgándole el poder más salvaje y primitivo de todos. La idea de placer sin límites enloquece al ser humano, le hace codicioso e insensato hasta tal punto, que aún sin cometer pecado alguno, vive con la culpa sin sentirse digno de usar una miserable balanza. El dolor nos hace resistentes, nos aprieta las desgastadas tuercas y engrasa nuestro sentido del gusto. Nos obliga a intentar ser más felices cuando no lo sentimos, para saborear la paz que nos queda hasta que de nuevo aparezca. La calma existe, pero es más azarosa de lo que se piensa. Tiene olas gigantescas que desgastan igual de rápido que las traiciones. Deja cicatrices únicas e imborrables causadas por acciones rápidas, precipitadas, y mal cosidas. Marcas que se notan, que ensombrecen el rostro del hombre orgulloso y desagradecido.

Miró a su amiga a los ojos, y prosiguió.

—No todo el mundo la necesita, hay personas que incluso huyen de ella por miedo a que les desestabilice. Porque gozan con el caos y la vida exagerada, con el cambio de rumbo y los giros inesperados, con el vértigo metido en las venas y el deseo de llegar al siguiente desafío lo antes posible, aun llevando la mochila cargada de problemas...

Ambas respiraron profundamente. Se miraron fijamente a los ojos y Sonia continuó con sus palabras como si no pudiera parar, como si las sílabas fueran inspiradas por algo o alguien que no se encontraba en aquella habitación. Como si fueran parte de un plan que tuviera que cumplirse con un punto y final que pronto llegaría.

—En ocasiones, la integridad nos priva de experimentar cosas increíbles, sensaciones de un calibre divino e inimaginable. La tentación se lleva siempre dentro. Disfrutarla nos pone en peligro de una u otra forma, pero no hacerlo tampoco resulta muy natural. Pero como ocurre con los instintos, es un sentimiento regulable y con posibilidad de ser canalizado. La clave sería poder llegar justo al límite sin la necesidad de tener que elegir entre dominarla o desterrarla para

siempre. El sentimiento de culpa es el viaje más largo y tedioso que recorre el alma. Va y viene a sus anchas en un particular paraíso en el que se mueve libremente, haciendo de los recuerdos, y sobre todo, de los derechos de cualquier ser humano que tenga un corazón puro y carente de malas intenciones, una obligación y un compromiso espesísimo que acaba por pudrir al más «pintao».

Y prosiguió bajando el tono pero no la intensidad...

—Existen aldeas ruidosas y descomunales, ciudades claustrofóbicas y vacías, playas tenebrosas de arenas sombrías, que jamás serán paradisíacas o tranquilas. Aguas tan turbias y violentas que ensordecen al hombre... pero no al poeta. A este le alimentan, le hacen soñar con la obra maestra, con ese cuadro que aún no ha sido pintado, con el esbozo de esa sonrisa vital que le convierte en genio.

El silencio se hizo entonces en la habitación. Sonia cerró los ojos inspirando lentamente y su amiga recorrió la cortina de la ventana para mirar al cielo algo meditativa, pero con decisión. Entre ellas ahora no había espacio, habían pasado a formar parte de lo mismo; una misma conciencia que al igual que un mar en calma, las había permitido flotar en paz por encima de sus personalidades o de sus géneros, como personas físicas. Las dos sabían por qué estas palabras habían brotado del corazón aquel día, ambas sentían igual, pero se limitaron a mirarse profundamente y dejar que sus sonrisas hablaran de lo que estaban experimentando sin más.

SI NO FUERA POR TI

Ella sabía muy bien qué estaba pasando en su interior. En aquel momento estaba enfadada, ok, lo sabía. También que lo que cruzaba por su cabeza atormentada y sobre todo, lo que salía por su boca de víbora, eran sílabas envenenadas que no iban a ninguna parte. Y si lo hicieran, si tuvieran una oportunidad y un día y una hora señalados, caerían como una pesada losa para matar, provocarían una muerte instantánea sobre el valiente que quisiera sostenerlas. Bueno, ella ya sabía sobre quién lanzarlas a decir verdad...

«Si no fuera por ti, yo sería feliz. Si no me trataras tan mal, yo me trataría mejor. Pero así, pues ni ganas me dan de tenerme en cuenta... Entonces, lo de siempre. Beberé hasta caer dormida», se decía así misma un poco mareada, sin saber si solo lo pensaba o lo había expresado en voz alta.

Movía con ímpetu su copa semivacía mientras miraba sus uñas rojas a través del cristal, a su amiga esta vez le habían quedado preciosas. Era una auténtica artista, no como ella que no servía para nada. Ella estaba loca, desquiciada, aguantando y viviendo una vida que no se merecía. Coqueteaba con la idea del suicidio desde hacía meses. Luchaba consigo misma en silencio porque ni ella sabía soportarse, pero no podía reconocer qué es lo que la estaba pasando, aunque de sobra lo sabía. Otra vez se encontraba en la misma situación de entonces, pero no era capaz de sacarlo a la luz. De nuevo un hombre manejándola, o ella manejando a un hombre, lo mismo daba. Si tenía que ser sincera, aunque eso no iba a pasar jamás, diría que no podía vivir sin manipular y dirigir. Otra cosa es que lo aceptara o lo reconociera abiertamente. Es mejor fingir que el otro tenía toda la culpa, aunque por ello tuviera que aguantar alguna que otra bofetada. O una verdadera paliza, si es lo que tenía que llegar a pasar algún día.

«Porque él tenía la culpa de mantenerla aislada en aquel edificio tan alejado de todo, culpa de no saber amarla ni entregarla todo lo que la había prometido. Culpa por no satisfacer sus deseos más íntimos...». En aquel momento solo tenía ganas de regresar a su tierra, ver a su madre y acurrucarse junto a ella durante meses. En el fondo era la única que la entendía, y la que le avisó desde niña de los peligros de enamorarse de la persona equivocada...

Aquel hombre estaba en el mundo para complacerla, para correr diariamente y no retrasarse ni lo más mínimo en cumplir con sus exigencias. Se mataba a trabajar y también hacía algún que otro negocio para reunir un dinero extra (ella sabía que ese efectivo era de dudosa procedencia, pero cerraba la boca y no preguntaba porque en el fondo eso la daba igual). Todo para ella, darle aquello que pedía era su leitmotiv. Pero parecía que todo era en vano, todos sus esfuerzos eran insuficientes a juzgar por sus últimas salidas de tono. Caprichos y deseos por cumplir se sucedían una y otra vez sin llegar a ser del todo abastecidos por alguna extraña razón que no alcanzaba a entender, «¿es que aquello no iba a terminar nunca?», pensaba angustiado. «Tendría que ponerse serio, recordarle quién le mantenía y recurrir a la mano dura de nuevo si fuera necesario».

Esos días que estaba pasando fuera de casa, alejado de ella y de su enrevesado mundo, le

estaban dando algo de perspectiva. Aunque las primeras horas fueron algo extrañas.

Al principio se sentía un poco desesperado y perdido porque estaba acostumbrado a tenerla cerca cada noche, luego todo cambió.

Desde que empezaron a vivir juntos en su piso no se habían separado ni un solo día.

Ahora en la lejanía, sintió algo nuevo, algo que jamás imaginaba que ocurriría. Sintió descanso, liberación. Le daba hasta vergüenza reconocerlo ante sí mismo, pero era lo que había, esa era SU VERDAD. ¿Por qué se estaba sintiendo tan mal? ¿Por qué alguien como él estaba degenerando tanto? ¿Acaso su noviazgo con aquella mujer increíble era algo malo? ¿Conviviría él con ese término que tanto se escuchaba últimamente en todas partes, sería la suya una relación tóxica?

Se sentía como un niño al que le dan una mala noticia y su mundo se viene abajo porque no tiene ningún adulto de referencia cerca. En aquel momento, en aquella habitación de hotel, junto a la botella de whisky que acababa de abrirse cayó en la cuenta de que algo tenía que cambiar. Se sentía desolado, desalentado y perdido. Eso no era lo que él quería para su vida. Por primera vez un pensamiento le asaltó como si fuera un ladrón que se colaba por la ventana de repente: «él valía más que ella», como le decía su madre una y otra vez al verle triste en el fondo. Eso las madres lo hacen muy bien, nunca se las puede engañar, da igual lo que pase, ellas siempre saben la verdad.

Con lo que bebió con desesperación, se tumbó en la cama y cerró los ojos con fuerza a la espera de que aquel vendaval mental se desvaneciera. Pero eso no ocurrió, en su lugar una voz en su interior comenzó a despotricar: «si no fuera por ti, yo sería feliz. Si no me trataras tan mal, yo me trataría mejor. Pero así, no tengo ganas de nada más que de beber hasta caer dormido».

Todavía le dolían los arañazos de la última vez que se acostó con ella, tuvo que calmarla antes de que fuera demasiado tarde.

La conocía bien, sabía que sus estados paranoicos pasaban por varias fases autodestructivas y después, a joder al prójimo.

Volaban objetos, caían manotazos, y después, durante el sexo (porque siempre quería sexo cuando estaba así de mal), todo tipo de comportamientos demasiados salvajes para él.

Siempre se había definido como un alma sensible que no necesitaba demasiado contacto físico, pero ella le atrapó de una forma extraña. Más bien era un hombre que ansiaba ser escuchado, pero también hablar y disfrutar de una buena conversación al atardecer... Al principio no le importó, pensó que cuando la relación fuera más calmada (lo típico, tras los primeros meses de enamoramiento carnal) llegaría la calma. Pero no, aquello estaba siendo peor de lo que imaginaba. En lugar de nubes claras tras la tormenta, llegó un huracán que estaba arrasando con todo. Pero es que lo peor, es que en el fondo de su corazón, aquello le gustaba. Le producía placer tener el control, levantar la mano y callarla.

Se levantó y se miró al espejo. Un par de lágrimas le recordaron quién era ese tío triunfador que tenía delante. Ahora, en la más absoluta soledad se reconoció y lloró por ese hombre violento y maltratador en quien se estaba convirtiendo. Y no quería eso para su vida, no podía ser solo la sombra de quien quería ser de niño. Un abogado que ayudaba a las personas con sus problemas, un ser generoso que pudiera enamorarse y vivir feliz para siempre dedicándose a lo que más amaba.

En algún lugar de aquel país, esas dos almas separadas desde hacía tiempo, que se empeñaban en seguir latiendo juntas, estaban sufriendo. La vida les estaba hablando alto y claro y ninguno de los dos quería dar el paso para cambiar nada. Un camino tormentoso y feroz podría dirigirles a ambos a la infelicidad eterna, pero en el fondo de sus corazones, también sabían que otro muy

distinto les ofrecería descanso y luz. La única que necesitaban para caminar tranquilos por la maravillosa senda mágica que es la vida.

DIARIO DE FIKITA

(1º Parte)

Querido diario, mejor que tú nadie sabe el tiempo que hacía que yo no te hablaba. ¿Qué tenía, 10 años o así? Por ahí más o menos. Aunque lo que importa es el ahora y no el qué o el cuándo, de nuevo siento la necesidad de contarte. He llevado y llevo una vida extraña que muchas veces tengo la sensación de agotar hasta el máximo de sus posibilidades, y que además, está a punto de reventarme en toda la boca. Tengo lagunas enormes y eso me hace sospechar que las drogas, el alcohol y sobre todo, los múltiples disgustos que me he dado en esta vida perra mía, me van a pasar factura en breve. Y como olvido casi todo, y últimamente los sucesos pasan por delante mía y se esfuman de mi existencia sin más, he decidido anotar en este cuaderno Moleskine antes de que algo horrible me ocurra. Me lo regaló mi sobrina pequeña no hace mucho, y cuando vio que yo no reconocí que pertenecía a la realeza de los cuadernos, se enfureció mucho. Chica, perdona, yo no entiendo de marcas, para mí es un cuaderno negro como otro cualquiera y se acabó. Esto la hizo cabrearse aún más y se tiró un par de días sin hablarme. A día de hoy sigo sin entenderlo, estos preadolescentes son la ostia de raros, en mi época si eras un ratón de biblioteca no alardeabas de ello, ahora lo cuentan en las redes sociales y se fotografían enterradas en libros y rodeadas de cosas raras que brillan por encima de la cama. Supongo que el cuadernito personalizado le costó una pasta, según insinuó su madre, vete a saber qué significa eso para una chavala tan joven. Uy mi hermana, cuando hable de ella me voy a quedar sin hojas y tendré que pedirle a la niña que me compre otro. Mejor me callo.

Punto y aparte, de eso no me he olvidado. Me encantaba escribir, eso también lo recuerdo. Pero no lo hago, nada. Así que a partir de hoy esto ya ha cambiado, porque tengo que ponerme al día contigo (te echaba de menos) y con el relato de mi vida. Tengo 55 años recién estrenados, «trabajo» de enfermera y mi marido dice que soy un personaje, por eso he decidido protagonizar mi propia historia de una vez por todas dentro de ti. Entrecomillo la palabra trabajo porque no lo hago, trabajar digo. Llevo mucho tiempo de baja, nadie sabe lo que tengo, excepto yo, pero temo contarlo. De momento no voy a hacerlo, me gusta estar en casa, sola prácticamente todo el día. Para lamentarme. Estoy en mi derecho, porque estoy loca.

Mi marido es un potro desbocado que me folla como si fuera una criatura salvaje que no ha comido nada en semanas. Estoy cansada de eso, del sexo y de tantas otras cosas innecesarias que con las que me agobia. Sé que tiene pasión por mí, no es recíproco. Yo le quiero pero me agota su continua tristeza, su fe en un futuro mejor, su constante positivismo, su confianza en todo el mundo, sus necesidades físicas de todo tipo (antes de conocerlo no sabía que existieran tantas), sus hobbies estúpidos como cortar hojitas a los bonsáis de «allá pa cuando», o ese de pasarse horas en la terraza mirando las putas estrellas sin decir ni mu. Sus intentos de charlas de música rara y su mirada tierna, o a veces concienzuda, cuando empieza a besarme por la espalda recorriendo mis lunares. Su inagotable paciencia, es que no puedo...

¿Por qué no sé buscará una amante con la que desfogarse? ¡Coño que no puedo más! ¡Que no tengo más ganas! Mira que se lo digo veces, pero es que encima dice que no pasa nada, que en

otro rato será... ¿será gilipollas?!

Hoy en día hay muchas por ahí que buscan lo que yo tengo en casa, como lo llaman... ¡ah sí! un empotrador. Pues «pa ti pa siempre» bonita, le diría yo en un día como hoy... Aunque oye, hay cosas que sí que tiene buenas, ahora mismo estoy un poco bebida y no se me ocurre ninguna, pero las hay. A veces me sorprende con una raya a destiempo. Sí sí, una raya, ya ves... Ya te he dicho que me he drogado, y aún lo hago a mis años muy de vez en cuando, tengo que reconocerlo.

Una vez escuché al Coronado decir que alguien que a los 55 años seguía llevando la misma vida que tenía con 20 es un mamarracho, y oye, que me tocó la fibra el tío con el comentario. Me obsesioné un poco. Creo que por eso al cumplir los 55, y justo en el momento en que soplabla la velita hortera del chino, algo saltó dentro de mí como un jodido resorte programado. Y por eso te escribo de nuevo querido diario, todo esto pasa por mi cabeza hoy. Mañana sigo.

Hoy he bajado al parque grande. Me ha gustado volver, pasear por encima de las hojas y sentir el crujido.

Otra vez otoño, otra vez llega el puto frío para congelarme la sangre y hacer de mis piernas dos palos inertes. Rígidos, doloridos. Que se niegan a llevarme a ninguna parte en ese estado. Se cansan de mi cuerpo, ahora más pesado que nunca, y también de mí, porque las arreo y las trato mal de vez en cuando a posta. Las pincho (para saber si siguen ahí) y en alguna ocasión también las he llegado a pellizcar o acercar demasiado alguna fuente incandescente.

He pasado por el árbol que habla, y esta vez, no se ha inclinado para tocarme ni decirme nada, tendría pocas ganas el pobre. Pocas hojas desde luego, todos andan igual, ahora desnudos a la espera que el viento incansable vuelva de nuevo para azotarles las espaldas cansadas. Son vejetes ya, llevan ahí toda la vida. Mi vida.

Desde niña paseaba por este parque con mis abuelos, ya muertos, y les ponía la cabeza como un bombo contándoles miles de historias con final feliz cuando estaban vivos. No como las que cuento ahora, estando yo medio muerta... si es que las cuento. Ves, esa es una buena razón para seguir escribiendo, desatascar la máquina, abrir las compuertas del recuerdo y dejar que el agua se deslice por fin por mi cara, como lo está haciendo ahora mismo. ¡Lloro! Por Dios cuánto tiempo hacía, lo necesitaba porque me siento desfondada. Esa es la palabra exacta, es un alivio porque siempre hay una para cada cosa. Las palabras son la ostia. Son la diana donde clavar el dardo. Permiten que fluya la energía a través de sus trazos, mientras se hinca el boli o se desliza atropelladamente. Desfondada es la mía ahora.

Si tuviera que elegir un sitio para morirme sería este. Mi cama. Con todos mis perfumes al lado, con mis mejores recuerdos rodeándome y dando textura a mis últimas horas. O bueno, si me dicen que puede ser al aire libre pues entonces elegiría otro, un puente que está en un pueblo que ya ni recuerdo por la de años que hace que no voy. Para ser exacta diría que es justo al salir de él, del puente digo, en una pequeña recta bajo un chorrón de árboles que huelen que da gloria. Entre el Tilo y la Tuya, cerca de la mimosa y aquella acacia que siempre parece triste. Ahí también moriría, igual de triste. Con semejantes perfumes, envuelta en ellos hasta mi último hálito fresco. Con el río salvaje rugiendo de fondo, comiéndome viva. Fíjate, casi que lo escucho ahora. Joder, quiero morirme.

Joder, quiero morirme. Sigo queriéndolo por eso no puedo poner un punto y final a esto, porque creo que ha llegado mi hora y tengo que resistir un poco más para contarme. Para desdecir la historia que se creó a mi alrededor sin que hubiera nada real en ella. Pero para eso, tengo que contarte a ti. Y a cualquiera que meta la zarpa en estas páginas después de que me vaya...

Hubo un día que me atracaron por la calle. Arree un golpetazo al ladrón con el puño cerrado encima de su cabeza, era chiquitillo claro, si no de qué... le dejé sentado en el suelo el tiempo

suficiente como para enganchar de nuevo mi bolso y salir corriendo. Entonces aún podía. Tendrías que haberme visto, cuesta arriba y con los tacones más altos que encontré en el armario huyendo de la escena. Embutida en mi único vestido de marca, ajustado como por unas bridas de esas que pones en los trastos de una mudanza para que no se escapen, por las zonas más complicadas, o sea, en la tripa y lugares varios como debajo de los sobacos (por la parte trasera) o detrás de mis muslos. Ole mi coño, con estas lorzas que me ha dao Dios. Pues ese día, me fui con mi susto a beber vino con la Juli, mi amiga incansable de juergas y de otras cien cosas más. Si no llega a ser por ella y por el bíblico mejunje me da un parraque en toda regla. Era viernes, coincidió. Se conoce que el caco tenía ganas de lo mismo que yo, porque al fin y al cabo lo del robo fue una excusa. Hacía mucho que no veía a la Juli y eso duele más que la puta abstinencia. Pasamos de criticar al gobierno a criticar a nuestros maridos, que dicho sea de paso ni se dignaron a acompañarnos, no quisieron. Yo creo que no se aguantan, al contrario que nosotras que nos queremos incluso follar algún día. Es así la vida, unas veces nos da, otras nos quita, y otras veces nos pone las cosas delante de las narices para que nos demos cuenta de lo que tenemos entre las manos. O entre las piernas.

Por ejemplo, yo tengo las tetas colganderas y arrugas hasta en los dientes. Con 55 años, lo mío no es normal. Lo de las tetas, pshhhh va que va, pero lo de las arrugas... De cara a la galería yo digo que es porque me he reído mucho desde siempre, mentira. Mi vida no tiene ni puta gracia.

A ver, reírme me he reído algo, pero no una cosa exagerará para todo esto que me desdibuja, mi cara se confunde con este paisaje montañoso que me rodea.

Menos mal que tengo dos luceros que bien podrían alumbrar a una comarca entera, como decía mi abuelo, dos estrellitas azules que brillan hasta en la oscuridad. De eso presumo, mira. Mis ojazos conquistadores de príncipes desencantados. Porque vaya suerte que he tenido yo, madre mía...

El primero al que conquisté se llevó las manos a la cabeza cuando me vio despotricar contra mi hermana, decía que jamás había visto semejante víbora echar aquello por la boca, que yo le dije, pues te vas a quedar sin ver a una verdadera leona en la cama. Y así fue, corto y fugaz como los besos de mi abuela, que casi ni te dabas cuenta de que te los plantaba. Era una seca de mucho cuidao la tía. Después, llegó a mi vida Lucas, un encantador de serpientes, tuvo guasa la vida ahí. Me prometió el oro y el moro que yo ya sabía que no necesitaba, pero caí como una pava (la cosa va de animales por lo que veo...). El caso es que no duramos tampoco mucho, el doble rasero a mí nunca me ha gustado. El tercero merece un capítulo entero, y me estoy dando cuenta de que además es tarde y tengo que tomarme la pastilla. Tengo demasiados dolores y demasiados novios con desencanto como para continuar escribiendo ahora. Hasta mañana querido diario. Qué cosas, me sigo sintiendo la misma niña frente a ti, tropecientos años después, inocente ante una vida llena de páginas en blanco que rellenar. Todo por estrenar. Aunque ahora sé que ya no me queda mucho. Vale, es el momento de dejarlo, además se me termina el boli.

BÁRBARA MENTE

«La una menos cuarto. Otro día más aquí encerrada, sin nadie a quien atender. Esta peluquería va a acabar conmigo, lo tengo todo reluciente, no hay ni una mota de polvo por limpiar y ahora... toda la tarde por delante para leer revistas de cotilleos y decoración. Fascinante. ¡Estoy hasta el moño! Y cambiaría la m por una c de buena gana ahora mismo, si no tuviera la mala costumbre de pensar igual que hablo...», se dijo a si misma con ansiedad. Después, se sentó abatida con un suspiro ensordecedor que hizo eco en la entrada. Otro lunes más que pasaba sin pena ni gloria. Sentía que el tiempo se detenía en aquel local fucsia de la esquina. Una calle con poco tránsito, precios un poco altos, una jefa con poca mano y paciencia con los clientes, y ella, que tampoco aguantaba una palabra malsonante en boca ajena, sumaban semanas y semanas funestas a una crisis que parecía no tener fin. Casi mejor, pues Bárbara estaba deseando terminar con aquel trabajo por causas ajenas a ella misma, le parecía insufrible. Pero con tal de no aguantar lo que se la vendría encima, es decir, a su madre poniendo el grito en el cielo por el dinero, seguía viendo los días pasar con aquella amigable desidia a la espera de un cambio.

La dueña del local había agotado ya todos sus recursos, consumido sus ahorros y su pequeño crédito para mantener a flote el negocio; había publicitado una y otra vez su peluquería pero nada, el público era poco o nulo.

Se tiraba los días rumiando soluciones. Carteles más grandes para que se vean mejor los servicios, más pequeños para no invadir las cristaleras y que se viera el interior, más cantidad de panfletos en los buzones, más presencia en las redes sociales, cambio de colores en las paredes, sustitución del mobiliario... Todo en vano.

Echar el cierre era inminente y aquello la tenía sumida en una permanente ansiedad que la mantenía insomne desde hacía meses.

Pastillas, tilas, idas y venidas a misa y a la residencia de sus padres, al banco y a su gestoría, sumado a un poco de vino los días impares, constituían su día a día particular. Perdía la compostura con facilidad y se arrepentía de ello igual de rápido que la perdía. La típica frase de vivir con los nervios a flor de piel, se le quedaba corta.

Aquella tarde de lunes sonó la puerta por primera vez en todo el día. Una pequeña señora de aspecto desafiante, entró apoyada en un bastón extraño con puño redondeado. Lucía un pañuelo a modo de turbante y vestía como si estuviera viviendo en el siglo XIX y hubiera aterrizado súbitamente en medio de la plaza a bordo de una nave del tiempo. Al menos, es lo que pensó Bárbara al verla. Aquel barrio, en aquella época, no le correspondía en modo alguno, «¿de dónde habría salido la señora? ¿Qué hacía en la peluquería fucsia de la esquina?», se preguntó perpleja.

—¿Puedes peinarme chica? Sí, tú, la delgadita. Necesito que sea ahora mismo que me vienen a recoger en un par de horas —su gesto era altanero. Miró alrededor suya, escaneando el local de un solo vistazo mientras se quitaba con parsimonia unos guantes beige de redecilla fina.

Bárbara pensó que su mirada bajo aquellas gafas oscuras tendría que ser inquisitiva y firme. Enjuiciadora por cómo movía la cabeza en aquel primer barrido. De primeras, no le gustó nada la señora. El gesto que le hizo para que le acercara la silla cercana al lavado un poco más, la delató. Tenía urgencia y malos modales, eso estaba claro. No paraba de dar golpecitos con el bastón aquí

y allá, para indicar lo que se debía hacer a su paso. Bárbara adoptó una postura retadora de inmediato, la vida le había enseñado que por ser de barrio y tener un presupuesto humilde, no tenía que perder jamás la buena educación, pero tampoco dejarse avasallar. Nadie está por encima de nadie por tener más o menos dinero. Recordó a su madre, «seremos pobres, pero honrados».

—Señora, buenas tardes lo primero.

—He dicho buenas tardes al abrir la puerta niña, otra cosa es que tú no lo hayas escuchado porque estuvieras abstraída.

—Será pelleja... —pensó. Pero no dijo nada, retiró con furia un cojín que había en la silla que la señora había señalado, y la hizo un gesto reverencial algo burlón para que tomara asiento.

—No he dicho que me laves, solo que me peines. Acércame esa silla aquí a este espejo.

—Disculpe, pero pensé que una señora de su nivel querría el servicio completo. Lavar, echar crema y toda la parafernalia ya sabe...

La mujer soltó una carcajada y mandó callar a la que sospechó que era la jefa y salía como una leona de detrás del mostrador a regañar a la empleada. No la dejó ni acercarse, se puso el dedo en los labios en señal de que guardara silencio y le mostró el reverso de su mano haciendo gestitos para que se retirara. Una vez a solas las dos de nuevo, la anciana se quitó las gafas de sol. Unos enormes ojos azules hicieron su aparición estelar alumbrando cada surco de su cara nacarada. Estaba ligeramente maquillada, pero con tonos demasiado vibrantes para tanta arruga, pensó la chica.

—¿Cómo te llamas?

—Bárbara.

—Qué al pelo te viene el hombre hija... Me gustas.

—¿Qué la hago señora? —dijo secamente.

—Péiname como te venga en gana. Pero asegúrate de que me quede bien y con clase. Ya que me has encasillado, déjame ver de qué eres capaz tú.

Bárbara se limitó a hacer su trabajo con ahínco, con la mirada siempre en el pelo de la señora, en cada rulo que ponía y quitaba, con precisión cirujana colocando cada mechón de una forma delicada que luego fijaba con abundante laca.

Observó desde que se quitó el pañuelo, que tenía una melena extraña que no encajaba mucho con la edad que aparentaba la anciana. Pero eso supuso un reto para ella pues aquel pelo plomizo no era demasiado manejable.

Miraba de vez en cuando a la vieja, pero sin detenerse.

Si se hubiera fijado en sus ojos de vez en cuando, se habría dado cuenta de que lo que estaba haciendo con tanto esmero, tenía su aprobación completa. Después, solo había que pararse un instante en su sonrisa discreta, era la de una viejecita satisfecha contemplando el trabajo de una de sus nietas por primera vez.

Cuando Barbará terminó, dio un suspiro enérgico y ladeando un poco la cabeza mientras repasaba un rizo rebelde observado desde el espejo, le dijo las palabras mágicas.

—Esto está perfecto señora.

—Llámame Luisa —dijo ella sonriendo y mirándose con agrado.

—Esto está perfecto Luisa, no puede estar más guapa —lo dijo sinceramente. Le había dejado una melena rizada y brillante que lucía con gracia cayéndole sobre los hombros, como una gran cascada de bosque invernal, salvaje pero sutil. Dudaba si recogerlo del todo, la verdad es que se había olvidado del tiempo y comenzó a disfrutar creando aquel peinado casi desde el principio. La mujer no le dijo nada y ella, absorta en su obra, se había aventurado a hacer un semirecogido muy elegante.

—¡Me encanta muchacha!, tienes un talento increíble.

A Bárbara le sorprendió tanta amabilidad repentina, pero sintió que lo decía de verdad. Aquella anciana huraña que había entrado a la peluquería hacía cuarenta minutos, no tenía nada que ver con la mujer que se hallaba ahora frente al espejo. Lucía esplendorosa, incluso le había cambiado la pose, estaba menos encorvada y parecía más abierta incluso a la escucha. Mientras la estaba peinando se quitó un chal de hilo que llevaba por encima, Bárbara no se había percatado pero ahora la observaba perpleja. Debajo descubrió un precioso vestido de flores entallado, que le hacía lucir una minúscula y graciosa figura de mujercita pizpireta. Ahora no había ni rastro de la anciana desdeñosa y maleducada que parecía ser. Ambas se sonrieron desde el espejo.

—Aún tengo una hora por delante hasta que me recoja mi chófer. Pensé que me llevaría más tiempo, pero fíjate lo que has hecho niña... Sin darte ninguna directriz, has elaborado un peinado que sin lugar a dudas me ha cautivado. Me da tiempo a pasar a la farmacia a por mis recetas antes de marcharme del barrio. Nos veremos la semana que viene, muchas gracias.

La señora pagó a la jefa y salió de allí lentamente apoyada en su bastón, girándose al final para despedirse de Bárbara en la lejanía, dejándole a esta un sabor agridulce por cómo había empezado la cita. Realmente parecía una mujer encantadora, no entendía la actitud con la que había entrado al principio. Pero eso ya daba igual, cuando se le acercó la dueña con un puñado de billetes de diez euros en la mano se quedó de piedra.

—Esta mujer nos ha dado un montón de propina mira —abrió tanto la boca para sonreír, que dejó a la vista los huecos vacíos de dos de sus muelas. Su economía no le permitía ponerse unas nuevas, la vida le estaba apretando duro.

Tampoco había para zuecos nuevos, casi rozaban sus talones en el suelo de tantas y tantas horas que se pasaba de pie en la peluquería. Normalmente era una mujer gritona y triste que reía poco, pero sus ojos brillaban ahora como los de un niño pequeño frente a su primer regalo de navidad.

—¡Caramba Bárbara, la has conquistado eh! Y espera a oír esto nena, ha reservado cita contigo todos los lunes por la tarde del mes, ¿te lo puedes creer? Esto solo puede ser una señal del cielo, a ver si se lo dice a sus amigas ricachonas y se dejan caer por este barrio perdido de la mano de Dios...

—Vaya, sí que le ha gustado el peinado que le he hecho sí —y se desplomó en el sillón de la pequeña entrada a la peluquería, cogiendo una revista al azar para terminar de pasar la tarde. Miró de reojo su bolso colgado en la percha, asomaba su preciado libro de cuentos de Emilia Pardo Bazán, leído tantas veces que se caía a cachos, pero no lo sacó.

La semana transcurrió tranquila, su jefa parecía más positiva que de costumbre, canturreaba de vez en cuando con la fregona en la mano, ponía la música alta y se marcaba algún que otro bailecillo mientras repasaba el suelo. Alguna clienta se dejaba caer por sorpresa para hacerse la cera o cortarse el pelo, pero casi todos los días las horas transcurrían pesadas y soñolientas por allí.

Pasaron varios Lunes, llegó el calor y algunas cosas más. En casa de Bárbara ocurrieron varios sucesos, que la hicieron saltarse su propia norma de no salir a tomar nada entre diario. Quedó con una amiga, de hecho su mejor amiga y confesora, reina de la comprensión suprema.

Era jueves, necesitaba tomarse unas cervezas y buscar consuelo seguro. Su padre había perdido el trabajo, otra vez, y su madre no paraba de repetirle constantemente su problema con las normas y con las personas. No encontraba solución para lo suyo. Su madre era muy de eso, buscaba

soluciones a todos los posibles problemas que ella veía fuera de sí misma, existieran o no.

Eran una gran familia numerosa, modesta y ruidosa, que arrastraba varios problemas legales que siempre les tenía desequilibrados. Desde las luchas hipotecarias con el banco, hasta los conflictos con los juzgados y cuerpos de seguridad por parte su hermano pequeño el Dani, que parecía haber heredado los defectos de su padre.

Quedaron en la terraza de un bar que no frecuentaban mucho, porque a Bárbara no le apetecía aquel día estar por los típicos del barrio. En ocasiones le asfixiaba tener que saludar una y otra vez a las mismas señoras de siempre, sonreírlas porque las peinaba, teniendo que guardar las apariencias para conservar un trabajo que le era imprescindible, para mantener parte de una familia que en el fondo odiaba.

Su amiga se lo notó, estaba agobiada, la conocía bien. Ya estaba sentada de nuevo con ella y con ese sentido del humor tan cáustico que podría incluso llegar a ser hiriente. Otra vez en modo confesión en brazos de la rubia. Ambas bromeaban con eso, con que la cerveza era como una amiga más sentada a la mesa, una de esas que permitía a cada una mostrarse tal cual, sin más pretensiones que dejar salir la furia encerrada, dar rienda suelta a la lengua bífida. «O era bípeda», dijo Marta. Ambas rieron sin descanso porque aquello salió por su boca de pato, sin pensarlo, justo cuando una señora gorda se atrancaba entre un par de sillas vacías de al lado.

En ese instante Bárbara la vio. El cristal tintado de la parte trasera estaba medio bajado y distinguió a la anciana de inmediato. Ella en cambio no la miraba, sonreía con la cabeza hacia arriba agradeciendo el aire fresco que entraba por la ventana y balanceaba su melena suavemente. También agitaba sus elegantes pendientes de época. Era una primavera extraña, soplaba bastante viento y las temperaturas no permitían dejar aún las chaquetas en los armarios. Bárbara la observó envuelta en la suya hasta que vio el coche perderse tras la esquina. «Qué raro, que hace por aquí la vieja hoy», pensó. Llevaba varios lunes pasándose por la peluquería, sin faltar ni uno. Ahora, sumergida en espuma, la chica se adentraba en su neblina mental para analizar lo suyo. Que no era ni más ni menos que toneladas y toneladas de miedo, como siempre. Pavor a intimar con alguien, a que la descubrieran por dentro, a que la tacharan de resabiada-cursi-marisabidilla, como le decían en el colegio. Ahora su mente la asediaba con esos recuerdos insolentes. De alguien que no quiso ser, de una niña que no quiso transformarse en mujer desde nunca, por miedo al desnudo frente a ningún hombre. Su barrio fue testigo del no cambio, del no nacimiento de «aquella chica rara con la que nadie quiere jugar, y que ahora es una borde que oculta que sigue siendo la misma niña repipi...»

—Tía parece que has visto un fantasma.

—Anda calla y bebe que se te va a calentar la cerveza, si no quieres más dámela, que hoy necesito olvidar más que nunca. Más que fantasmas, acabo de hablar con mis demonios...

—Ya te veo ya, si no te conociera...

—Ay amiga, qué duro es ser diferente.

—Dímelo a mí, virgen a mis veintiuno y sin perspectivas. El de los dientes chungos al final va a tener su recompensa después de tanto pico y tanta pala.

Y ambas se carcajearon de nuevo, casi hasta la lágrima, justo cuando la gorda volvía a pasar por las dos sillas, esta vez sin atrancarse.

—No en serio, ya sabes que no voy por ahí. Tú me conoces desde siempre, parece como que ahora, de repente tía, vuelve a importarme eso de que el resto piense mal de mí. En plan ser una repelente o pedante, no sé...

—Pero ¿te ha pasado algo o qué?

—No que va.

—Algo te habrá pasado cuando vuelven a ti esos demonios del pasado. Tú tenías más que superado eso ¿no?

—Eso pensaba, pero mírame. Aunque...

—Qué.

—Nada, es una tontería, no sé...

—¡Desembucha coño!

—Qué bruta eres Marta...

—Es que me pones de los nervios tía.

—A ver, es algo muy raro. Hay una anciana que va por la peluquería que me tiene un poco desconcertada. Es una señora extraña, es como que no pertenece a esta época ¿sabes? Como si fuera de otro tiempo, del diecinueve o así, y por error estuviera en este siglo, no sé es algo muy loco...

—Espera, espera. ¿Me estás hablando de que una vieja te ha devuelto a tu antiguo yo acomplejado por tu coeficiente superior al de la media?... ¿¡Qué cojones me he perdido en estas semanas!?

Las risas se vieron interrumpidas por el camarero, que había acudido tras el gesto de Marta cuando vio que su amiga se estaba empezando a poner intensa. Sirvió otra ronda.

—La cuestión es que esa señora, sea de donde sea y venga de donde venga, cosa que no es importante, me está haciendo plantearme muchas cosas Marta. Me valora, me busca las cosquillas, me tira de la lengua, ¡que me ha visto trabajar en plan meditativo tía!, como me pongo yo ¿sabes a lo que voy?

—Sí sí, sé a lo que te refieres.

—Que pierdo la noción del tiempo, que se me va el espacio, que no sé ni donde estoy ¡todo desaparece!

—Ya.

—Y ahí, en ese momento, pues ya sabes lo que me pasa. Que si me preguntas, pues contesto. Pero contesto yo, «la yo» que soy en realidad.

—Bueno, ¿y qué? ¿Qué pasa con eso? ¿Qué hay de malo?

—Nada, olvídale... No sé cómo explicarme ahora mismo, estoy confusa.

—Lo que estás es borracha tía.

Bárbara soltó una carcajada liberadora.

—Esa es buena, sí, lo estoy también.

Estuvieron en aquella terraza hasta que sonó el móvil de Marta. Su madre la estaba reclamando para bajar al perro y se marcharon al momento. Dejaron atrás un buen reguero de botellas marrones y vacías que las habían proporcionado un remanso de paz, y también de confesiones y risas necesarias para conectar. Eran amigas desde siempre y les unía un fuerte cariño inquebrantable que con los años no había parado de crecer.

Al día siguiente Bárbara se levantó con pesadez y dolor de cabeza, pero con ganas de indagar por libre en ese hilo añejo del que empezó a tirar por la tarde. No era cuestión de acelerar el proceso, pero llevaba semanas pensando en qué estaba pasando en su interior, por qué se sentía tan bien y tan mal a la vez con aquella extraña anciana.

No sospechaba que la vieja sabía muy bien lo que estaba haciendo. Como cuando una madre pone en marcha un plan que ha estado elaborando concienzudamente, con el fin de proteger a uno de sus cachorros ante algún peligro concreto. Ella buscaba una chica joven con sus facultades, con un perfil muy definido. Lo que Bárbara no imaginaba era para qué. Aquel barrio era todo lo que Luisa aborrecía (aunque también lo amaba en silencio), pero no por clase social y económica en

sí, sino por creencias y aspectos culturales. No soportaba los temas de conversación que giraban en torno a las zonas más humildes de cualquier ciudad, los típicos banales e insustanciales que se compartían en cualquier portal con pesadumbre. Los de la queja fácil y la fe en la mala suerte, los que eximían a las propias personas de sus compromisos con ellas mismas, con sus obligaciones de ser felices pese a todo. No soportaba los comentarios derrotistas propios de su edad, los «que le vamos a hacer» o los de «la vida es así de cruda», los de «todo me pasa a mí» y los de «para qué levantarse de la cama». El trabajo con esfuerzo, vivir sin ilusión, abrazar la desesperación y avanzar sin rumbo... «Todo para llegar a una edad en la que el estado se haga cargo de una, atiborrarse a pastillas y esperar a la parca en el sillón con el mando de la tele en la mano, en lugar de hacerlo con un buen libro y una copilla, tomando el sol», repetía constantemente, algo frenética, dando golpecitos en el suelo con su reivindicativo bastón. Pensaba que la vida no trataba bien o mal a la personas, eran las personas las desagradecidas con la vida, las que la desperdiciaban con premeditación día tras día; las que no le echaban coraje para disfrutarla conscientemente, y ante cualquier situación, saber leer entre líneas. ¡Y esa era otra! Leer, disfrutar el regalo de las palabras. ¡Cuánto desagradecimiento a tantos hombres y mujeres de la historia! Pensadores, filósofos, poetas y vividores intensos de todos los siglos... «Pero ¡que nadie se confunda!», decía la vieja a su vecino gay de abajo al que aturullaba con sus monólogos cada semana, «¡que igual me pasa con las mentes ricachonas!, ¡que también se quejan por todo!, y que no buscan más que dar gusto al ego caprichoso, sin límite de edad, sin límite de crédito, ¡ay hijo! esos son los peores porque no tienen fin y para colmo tienen más tiempo libre para desperdiciarlo. ¡Dios te libre de un novio así querido! «Sin qué ni pa qué», ya me encargaré yo de eso muchacho inconsciente, que veo que últimamente se te va la sangre de la cabeza a otra parte...»

Él era el único con el que charlaba de estas cosas, en su familia pocos la escuchan cuando se ponía en ese plan. Ambos se subían al ático y se servían un Martini bien fresquito mientras hablaban de sus amoríos.

Cuando le contó lo que estaba viviendo últimamente, el vecino confidente se ajustó su batín de seda bien fuerte, cruzó la pierna con salero y le señaló de arriba a abajo con su abanico de flores. «Luisi, te quiero aquí como un clavo después de cada cita con ese bombón».

El dolor de cabeza remitió a eso de las once de la mañana, aquel ibuprofeno que llevaba meses en el fondo del bolso por fin cumplió su misión. Lo raro era que aún estuviera entero, Bárbara siempre llevaba dentro más cosas de la cuenta, cualquier objeto que estuviera en el fondo corría el riesgo de ser machacado. Monedero, llaves, móvil, neceser con elementos varios, kit de maquillaje de emergencia, libros (siempre en plural), además de la necesaria botella de agua diaria, hacían de aquel lugar un verdadero peligro para cualquier contenido delicado.

Se puso a lavar la cabeza de una señora que no paraba de masticar chicle como si estuviera compitiendo. Le daba vueltas frenéticamente de un moflete a otro, hacía pompas con rapidez como si no le diera tiempo a cumplir las sesenta por minuto, y volvía a sorber el chicle con interés cuando salía disparado hacia afuera. La estaba poniendo de los nervios.

Se dio cuenta de que estaba acelerando el ritmo igual que ella, que le había echado tres veces mascarilla capilar y que estaba tardando más de la cuenta, pero seguía en el bucle masajeando con rapidez y sin poder parar...

Si hubiera estado allí su amiga Marta se hubiera partido de la risa, le habría dicho que se

hiciera mirar lo suyo guiñándole un ojo. Y era verdad, no estaba muy católica como decía su jefa. Su extraño mal se estaba dejando notar.

Según le había compartido la tarde anterior a su amiga, estaba dándole vueltas a una situación que tampoco tenía mucho sentido, el comportamiento tanto suyo como de la anciana misteriosa. Decidió hablar con ella el lunes acerca de tanta pregunta e insistencia en saber cómo era su vida... Ahora tenía que centrarse en la clienta, posiblemente la única que entraría aquel Viernes resacoso que se le iba a hacer largo como una caminata con su madre.

Cuando llegó el lunes, tras un fin de semana algo accidentado por culpa de las alergias múltiples de su hermana mayor, Bárbara estaba preparada para no dejarse llevar por el hechizo que el pelo de aquella anciana y sus ondas grises, parecían provocar en ella. Lo tenía claro, no se centraría demasiado en realizar un buen peinado y en cambio sí que lo haría en la conversación, siempre inusual y desconcertante.

—¡Buenos días niña! —la anciana hizo su aparición como acostumbraba, lenta pero directa hacia su peluquera preferida sin vacilar.

Bárbara ya la había retirado la silla para acomodarla. Estarían solas y tranquilas, su jefa se marchó aquella mañana temprano porque no se encontraba demasiado bien, le habían dado una mala noticia por un accidente de una vecina con la que solía desayunar, y como era de esperar, la creó bastante ansiedad. La mandó para casa de inmediato a descansar, ella se encargaría de la peluquería sin problema. Comenzó a peinar a Luisa con tranquilidad, mirándola de vez en cuando en espera de la típica conversación que siempre iniciaba de la misma manera.

—Bueno hija, ¿y qué tal el fin de semana? Cuéntame qué has hecho, espero que hayas descansado lo suficiente para encarar los próximos días, hay que volver al trabajo con las pilas cargadas...

—Claro, como siempre, ya sabe usted —y siguieron unos minutos insustanciales de charla ligera. Pero cuando menos se lo esperaba, la otra le lanzó a bocajarro la pregunta que más descolocada la dejó en aquellas semanas. Y ni siquiera esperó a verla ensimismada en su vicio de peinar hasta el último rizo rebelde, esta vez ocurrió rápidamente.

—¿Te gustaría salir de este barrio? Una chica con tus dones quizás debiera volar más alto, y no me malinterpretes por favor, es una pregunta desde el respeto. Eres culta, lista y mereces otras metas...

—¿Y por qué me pregunta eso? Últimamente me preocupa bastante hacia dónde van nuestras conversaciones Luisa...

—¿De veras? No tienes por qué preocuparte niña. Todo tiene una explicación.

—¿Ah sí? Pues no sabe lo que me gustaría escucharla ahora mismo.

—Claro, verás. Tengo un novio que...

Jamás habría imaginado que la respuesta comenzara con esa afirmación, ¡aquella anciana era una caja de sorpresas andante!

—Tiene un nieto la mar de interesante y cierto día mencioné que yo también tenía una nieta de su misma edad y talento. Pero le mentí, no sé muy bien por qué. Cosas del champán supongo...

—¿Bebe usted champán? Vaya, no sé qué edad tendrá pero no la imaginaba con un novio ni bebiendo champán —Bárbara la sonrió a través del espejo y comenzó a peinarla como siempre, con el mismo mimo y delicadeza obsesiva.

—Hoy he visto la ocasión de mencionarte todo esto, ya que tu jefa no nos está espiando desde la caja registradora; la custodia siempre como un perro de presa mientras observa el panorama. Supongo que es cosa de la profesión, el cotilleo circula siempre por estos lugares como la pólvora. Y eso no va conmigo, la verdad.

—Ya bueno, es lo que pasa cuando las personas se aburren mucho.

—Eso mismo pienso yo, sí. Bueno a lo que iba, te lo explico rápido. Mentí, lo hice sin darme cuenta pero justo busqué en el barrio, entré aquí y vi rápido como eras tú, y chica, que fue cosa de la providencia. Ya había metido la pata y pensé, «pues por qué no proponerte que me acompañes a un encuentro doble».

En ese instante Bárbara dejó el peine en el aire y la observó con los ojos abiertos como platos, no esperaba para nada aquella proposición. «¿Pero qué se había pensado aquella señora? ¿Cómo se atrevía a pedirle eso!?».

—Sé que es extraño niña, pero de alguna manera siento una conexión muy especial contigo. Ocurrió desde el principio, vi tu forma de ser, que no te achicaste ante mis múltiples envistes y exigencias... e ir conociéndote cada Lunes me hizo ver que mi viejo instinto no me traicionaba. Prefiero pedirte esto que quedarme con las ganas de saber qué hubieras contestado.

Cogió algo de aire, y prosiguió tras una pausa.

—Sé que es una locura, pero te aseguro que está vieja loca tiene siempre buenas intenciones. No te veas comprometida si no quieres, o si temes algo, es una petición sin ninguna expectativa. No tengo nietos, mis dos hijos no quisieron darme esa alegría...

Contra todo pensamiento que lanzaba su mente en aquel momento, Bárbara luchó. Lo hizo con uñas y dientes para no dejarse llevar por aquel torbellino mental que casi podía verse reflejado en sus ojos negros, que ahora, ni parpadeaban... Salió de aquel vendaval en unos segundos, y pese a que su mente le decía que no aceptara, lo hizo. Pero antes, no pudo evitar atacarla con otras preguntas que le asaltaron desde el descorrimiento del aquel pesado telón.

—Me está diciendo que soy la elegida ¿no es eso? ¿Que vino a este barrio buscando a una chica del extrarradio con equis perfil?

—Eso es sí.

—¿Y de dónde es usted Luisa? ¿Por qué buscó su víctima por aquí? ¿Qué clase de chico quiere que yo conozca?

—¡Caray! Qué batería de preguntas. Te responderé solo a la última: ese que te enamorará por su mentalidad. Por lo que me has contado deseas un novio, pero temes más que a nada en el mundo gustarle a un hombre.

En ese instante Bárbara se sonrojó porque no recordaba haber hablado de eso con la anciana, pero claro, jamás lo hacía si estaba en trance y hablaba por los codos. Era como despertarse y no saber qué había soñado...

—Verás mi niña, todo esto empezó inocentemente por mi parte, por llevar a una nieta ficticia a una cita muy especial que tengo el mes que viene con gente de la alta sociedad. Solo es eso. Él presumía de su nieto y yo, le seguí el juego haciendo lo mismo contigo. Perdóname, de verdad que no fue algo que pensara llevar tan lejos. Pero luego me propuso lo de la fiesta en el antiguo palacio y ya no pude echarme atrás... No te voy a negar que me sentí un poco princesa.

—Bueno, está bien, me voy a pensar su propuesta. Pero que conste que me parece una locura de las buenas, y que no me parece bien la cacería que ha montado, y que mi mente no me va a dejar tranquila y por ende yo tampoco a usted, y que...

—Vale, lo entiendo niña, no hace falta que sigas. Piénsalo y me dices. Ya voy conociendo yo a esa mente que nombras, no voy a asustarme por más vueltas que le des. Pero no tardes demasiado, tenemos poco tiempo para organizarlo todo, pasas muchas horas aquí dentro... Toma mi número y me llamas para confirmármelo cuanto antes.

Ambas se quedaron calladas, como cuando una noticia nefasta cae en una sala que murmura, silenciando a todo el mundo tras la última sílaba, dejando entrever que algo malo pasará. Aun así,

ninguna rompió aquella pausa verbal. Bárbara siguió peinando a la anciana y esta, mirando a través del espejo como si nada pudiera perturbarla, solo esperaba. Pero al marcharse la sonrió casi con tristeza, quizás temerosa de que el «no» pudiera separarlas definitivamente.

Eso no ocurrió, a los dos días Bárbara la hizo una llamada rápida en la que ponía algunas condiciones innegociables que la vieja tenía que asumir sí o sí. La primera, la más importante, era que si no estaba cómoda fingiendo ser su nieta, saldría de la fiesta como si las doce de Cenicienta sonaran en su interior marcando el momento de huir. No esperaría a nadie. La segunda, un básico: necesitaba dinero. Precisamente por si tenía que huir y pedir un taxi dondequiera que se encontrara. La tercera, se la diría sobre la marcha. El «as en la manga» era importante para ella.

—Mi niña, necesitarás vestirme para la ocasión —le dijo al teléfono— y no me malinterpretes, pero debemos aparentar que eres mi nieta en todos los sentidos. La ropa de calidad es clave.

—No pienso poner objeciones a eso. Me encanta ir de tiendas.

—Pues no se hable más, avisaré al chofer y te recogemos en un par de horas para buscar lo que más te guste, sin límite.

No podía creerlo, una chica como ella en una aventura de semejante calibre. Ir de compras a lo Pretty Woman con una anciana a la que apenas conocía, para asistir a una cita doble en un palacio con un abuelo y un nieto que, supuestamente, iba a encajar con ella a la perfección. Increíble. Cuando se lo contara a Marta iba a flipar. No sabía si conocer al chico era lo que más le atraía de la situación, o era el hecho de poder sacar a Luisa de aquel apuro de telenovela. La había cogido cariño en realidad, pero eso era algo que no estaba dispuesta a compartir aún. Aunque tenía que reconocer que lo primero era un buen motivo, ansiaba tener a alguien especial en su vida y si además de encajar con su forma de ver las cosas, tenía una buena posición económica, extraordinario. ¿Sería real o solo un buen anzuelo que morder para acompañar a la anciana sin pensarlo demasiado? Pronto lo sabría.

Visitaron varias tiendas de marca del centro, aprendió sobre mil aromas distintos y conoció a un montón de personas diferentes con las que la vieja, parecía tener cierta confianza. Quizás llevara años comprando por allí, desde luego se la veía muy cómoda.

Atuendos sobrios, elegantes u otros más informales con nombres que jamás había escuchado, como blazers, crop tops o lenceros, comenzaron a ser normales en las conversaciones entre ellas. También las risas y los momentos absurdos vividos con la más divertida naturalidad.

No imaginaba tener tantas cosas en común con la anciana, y tampoco que tuvieran tantas charlas interesantes entre prenda y prenda. Entre ellas, cometarios sobre literatura y épocas pasadas (se sorprendieron de todo lo que les unía en ese sentido), pero también de lo extraño del feminismo radical, los viejos y nuevos ideales, y lo que suponía cortar por el mismo patrón a todas las mujeres; sobre la inteligencia, las emociones, el cosmos, la familia y por supuesto, sobre los hombres.

También de lo poco que le había gustado Luisa a Bárbara, de lo que la juzgó en un principio cuando la vio entrar a la peluquería y todo lo lejano que quedaba ahora eso...

Así que pasaron varios días recorriendo probadores y cafeterías con agrado y mucha ilusión, nada parecía señalar que aquellas dos no fueran nieta y abuela con una bonita relación y mucho entendimiento.

Cuando llegó el día de la fiesta ambas estaban nerviosas, se pasaron todo el trayecto en coche imaginando cómo sería el palacio por dentro, cómo serían los invitados, qué manjares probarían, y sobre todo, fantaseando con una cita perfecta. De igual a igual, como si fueran amigas de toda la vida que comparten todo. Bárbara cayó en la cuenta de que no había contado nada a Marta y que quizás estaría bien llamarla al día siguiente. Compartir aquello sería genial, estaba siendo toda

una aventura. Cuando paró el coche y justo antes de que terminara el chofer de aparcar, reconoció a la vieja lo bien que se lo estaba pasando con ella esos días y el cariño que comenzaba a brotar de su interior.

—Te agradezco de corazón la oportunidad de vivir todo esto Luisa, realmente es un sueño hecho realidad —era la primera que la tuteaba y la anciana se dio cuenta.

—Hija no hay nada que agradecer, al contrario, yo soy la que te agradece que aceptaras formar parte de esta gran mentira, que para mí también resulta evocadora. A mi edad, enamorarse de esta forma no es sencillo. Vuelven a mi recuerdos imborrables que había enterrado por miedo Las locuras se supone que son para la juventud ¿no?

Bárbara se rio con ganas.

—Es verdad, es una locura abuela —le salió sin querer y justo cuando se levantaba para bajar del coche. Al girarse hacia la anciana para ayudarla a salir, se dio cuenta de que se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Estás bien? —le preguntó al tirar de ella hacia arriba. Observó que no podía ni hablar, estaba emocionada—. ¡Ven aquí boba! —y la abrazó suavemente sellando aquel momento con un beso apretado en la mejilla.

Ambas se encaminaron muy despacio hasta la puerta de aquel pequeño palacio. Bárbara daba gracias a la lentitud de la marcha porque no estaba acostumbrada a caminar con tacones. Aunque Luisa la aseguró que aquella marca le proporcionaría comodidad y firmeza para toda la noche, ella se sentía muy insegura aún. Sería cuestión de acostumbrarse.

—¿Mejor?

—Sí, ya sí. Perdona mi niña pero me he emocionado. Tener una nieta era una de las cosas que más deseaba en el mundo, y mira por dónde, tú me llamas abuela.

—Es que ya eres mi abuela Luisa, lo digo en serio. No tengo a las mías, murieron cuando yo era demasiado pequeña, ni siquiera para recordarlas en la típica neblina borrosa que suele quedar tras la infancia. Ni un beso de cumpleaños, ni una sonrisa, nada. En mi memoria no hay rastro de ellas.

—Pues será un orgullo ser la tuya.

—¡Pues ale abuela! Eso no hace falta que lo finjamos esta noche —y la dio un apretón en la mano temblona que colgaba de su brazo.

Al entrar en aquel sitio ambas se miraron complacidas, todo a su alrededor era una auténtica maravilla. Cada rincón resultaba encantador y la luz que entraba, incluso a esas horas de la tarde, ideal y tranquilizadora. Un aroma suave a lirios frescos las embriagó y sus sonrisas se sincronizaron de inmediato como las de dos niñas que acaban de entrar en el palacio de sus sueños. Todo el interior estaba a reventar de flores, y a medida que iban avanzando, sus olores se mezclaban y sus colores no dejaban descanso, ofreciendo un increíble espectáculo a los visitantes que se iban saludando cortésmente.

—Estoy deseando que conozcas a Sebas, te va a encantar —Luisa estaba pletórica y en su salsa. Se le había iluminado la cara y ahora parecía hasta más joven.

—Con todo lo que me has contado es como si ya le conociera.

—Deseando estoy también de ver a ese nieto suyo, Abel. Según parece es un hombrecito muy interesante —miraba hacia todas partes lentamente buscando a su novio, pero no parecía haber llegado todavía.

Se sentaron en una pequeña zona de reposo en aquella lujosa estancia y Bárbara aprovechó para acomodarse los zapatos, dando un respiro necesario a sus pies. Ambas suspiraron a la vez y se miraron divertidas para soltar una gran carcajada.

—¿Quieres uno? —la anciana hizo un gesto a un camarero rechoncho e impecable con una gran sonrisa para que se acercara. Se paseaba alegre con una bandeja repleta de cócteles que tintineaban peligrosamente.

—¡Dios que cosa más rica abuela! Escucha, te digo una cosa muy en serio, pase lo que pase hoy aquí está siendo una experiencia maravillosa...

—Mira a tu alrededor hija, ¿qué ves?

—Lujo.

—¿Y detrás?

—No sé, déjame pensar.

—Fíjate en todas aquellas personas que entran y salen por esa puerta que parece dar a un patio exterior. Mira sus caras, sus miradas, ¿reconoces alguno de esos gestos?

—Es que no sé por dónde vas abuela. Podría imaginar varias cosas, pero dime, ¿qué es lo que ves tú?

—Despreocupación.

La mente de Bárbara voló de inmediato, posándose en su barrio, por encima de las cabezas de todas aquellas personas preocupadas por cómo llegar a fin de mes. Ojeras, caras lánguidas, miradas perdidas y mucha desolación. La peluquería vacía, la caja registradora vacía, su familia rota por el miedo al desahucio, los sueños estancados...

—Niña mía, sé que es un tema delicado este del dinero, pero sin una buena educación financiera, crecer se hace muy difícil en muchos sentidos. Y no es que los ricos sean más o menos felices, es como todo. Pero las creencias de algunas personas... como se les llama para suavizar, ¡ah sí!, ¡humildes!, son peligrosas, ¡muy peligrosas! —la anciana ya empezaba a dar golpecitos en el suelo con su bastón—. De eso estoy segura por cómo he sido educada yo. La humildad, si hablamos de clases sociales siempre la enfocan con inferioridad relativa a la economía, y para mí no es así. En mi opinión, humilde es la persona que no alardea de sus virtudes, sin más. Frases como «prefiero ser pobre pero honrado» me matan hija, ¡me ponen enferma! Creer que es mejor no tener mucho dinero pero ser alguien de fiar... ¿Qué pasa, que yo por tener dinero no soy honrada o digna de confianza? Pero espera, ahí no acaba la cosa, porque hay otras tantas creencias y afirmaciones deprimentes que nos hacen pensar que el dinero estropea a las personas, que no les puede jamás dar felicidad. Una pena hija...

—¡Ay que ver abuela! pues ese tipo de cosas, la verdad es que no las había pensado nunca. En mi casa siempre nos han educado con esas frases hechas, sí. Es para reflexionar desde luego, no quisiera vivir por siempre igual de preocupada por el dinero.

—Es que es eso justamente niña, vivir con escasez y preocupación es horroroso, así me críe yo. Pero afortunadamente tuve un buen maestro, mi marido me dio consejos muy poderosos sobre el dinero y siempre estuve al tanto de todos sus negocios. Florecía con ellos año tras año, siempre hemos vivido en la abundancia, en todos los sentidos.

Nuestro amor crecía cada año igual que lo hacía nuestra cuenta corriente. El solía decir siempre que la pobreza y la riqueza eran dos estados mentales diferentes... Si esto lo sueltas de sopetón a alguien estrecho de mente, ¡imagínate! En fin, que le echo mucho de menos, hace unos diez años que falleció, devastado por un cáncer muy terco que le dejó postrado en una cama.

—Bueno abuela, no pienses eso ahora que tu príncipe azul está a punto de llegar.

—¡Hija es verdad! Y quizás el tuyo —le dio unas palmaditas en el muslo a Bárbara.

—¿Nos tomamos otro de esos?

—Por mí sí querida, vamos a dar una vuelta y seguimos hablando —Luisa estaba feliz de ir agarrada de la mejor compañía que jamás hubiera imaginado. Una nieta, por fin. Sabía que aquella

conversación con Bárbara había sido sincera, que realmente era una buena niña que también necesitaba tener una abuela.

—Siempre he querido preguntarte algo. Cuando llegaste al barrio a buscar una chica de mi perfil, ¿por qué viniste a este concretamente y no a otro?

—Verás hija, yo me crié muy cerquita de donde tú vives. Por supuesto no tiene nada que ver con el barrio de ahora, hablamos de los años 40. Nací en el seno de una familia muy modesta, mi padre se mataba a trabajar y apenas sobrevivíamos con lo mínimo. Mis hermanos y yo hemos pasado hambre, éramos muchos, más dos primos huérfanos que acogimos por no verlos perecer de hambre en su pueblo. Por eso entiendo además ciertas formas de ver la vida, por cómo viví la mía. Creí con la idea de que los ricos o los poderosos eran malos, por sintetizar y que me entiendas... Hasta que me casé y vi a mi marido hacer dinero de la nada, confiar en la abundancia del ser humano, ejercer su poder a voluntad. Es cuestión de no negar nuestras capacidades, nada más. Pero claro, esa comprensión no le llega a todo el mundo...

—¿Y por qué buscabas una chica de tu antiguo barrio para que te acompañara?

—Pues es muy sencillo, al escuchar a Sebastián hablar de su nieto lo tuve claro. Él no salía con chicas de su entorno adinerado, con «estiradas y convenidas», palabras textuales según su abuelo... Parece ser que no soporta el materialismo y otras tantas cosas más. Tiene que ser un chico de los míos, porque ama el dinero pero no de una forma convencional —y guiñó un ojo a Bárbara, dándole además un par de pequeños codazos en señal de complicidad.

—¿Y ya está? ¿Una chica pobre para el chaval?

Luisa empezó a reírse como nunca la había escuchado.

—Es por eso ¿ves?, tu forma de ser, ¡tu mente Bárbara! —casi que no pudo terminar de hablar, ahora una tos seca se intercalaba con las aparatosas carcajadas.

Estallaron en risas que cayeron como una tormenta torrencial por todo el salón principal, apenas podían mantener las copas rectas en la mano sin derramar nada. Reían sin parar, bromeando y encontrando sin querer juegos de palabras que tenían que ver con la situación estrambótica que las había llevado a estar allí juntas. Pero claro, no sin dejar un reguero de caras boquiabiertas en señal de desaprobación, por aquellas dos que estaban dando el espectáculo y hablando tan mal.

—¡Qué vergüenza! ¡Qué vulgaridad! —escuchaban claramente a su paso. Esto, lejos de avergonzarlas, incrementaba en ellas las ganas de divertirse aún más. Se notaba de una forma muy evidente la poca comprensión y empatía que manifestaban casi la totalidad de los invitados.

—¿Ves hija? A esto me refiero con que todos estos son una panda de estirados con adicción materialista.

No pudo evitar mirar con descaro. Y después, continuó explicando a su nieta.

—Aquí no veo personas con las que yo sintonizaría, poco a poco iremos hablando de esto, pero ¿te acuerdas de nuestra conversación en el probador? Cayeron en la hipnosis del dinero y la compostura, y eso tan extraño a lo que ellos denominan «tener clase». Para mí la codicia que tienen algunos, connota mucha más falta de clase que no decir tacos o saltarse a la torera un protocolo absurdo.

—Me encantas Luisa —y abrazó a la anciana con una espontaneidad que hizo que esta se enorgulleciera al instante de haber ido a buscarla—. ¡Qué curiosa la vida!, habernos unido así. Gracias...

—Y que lo digas niña. Cuando mentí a Sebas sin querer, de esa forma tan natural, algo dentro de mí me impulsó a buscarte en el barrio. Y yo siempre hago caso de mi instinto, dimos unas cuantas vueltas con el coche, vi la peluquería y entré como guiada por una fuerza irrefrenable.

Entonces te conocí y el resto es historia, como se suele decir. Supe al instante que encajarías con la visión de Abel, su abuelo me habla constantemente de lo especial de su nieto, de su cultura, su espiritualidad, y su nueva forma de ver el mundo y el dinero (muy en sintonía con la mía, como ya te he contado). Y así ocurrió, que mi nieta soñada se materializó ante mí con total naturalidad. Además, tengo que decirte que nunca he dejado de ir por allí, no me gusta perder el contacto con el lugar donde me crie, me ayuda a conectar. Al menos una vez al mes, me doy una vueltecita en coche.

—Lo sé, te vi una vez.

—¿Ah sí? Estaría en mi paseo meditativo, claro —y la sonrió señalándole la puerta, su cita estaba entrando en ese momento y también la había localizado ya—. Y aclarado todo esto, te doy las gracias por salvarme la cita, por ser mi nieta soñada y por ser tan auténtica como eres. Mira, ahí están.

Un enorme señor de pelo blanco hizo su aparición en el salón, muchos le abrían paso con una sonrisa enorme, y las señoras, complacientes, le saludaban nerviosas tocándole los brazos o haciendo algún gesto cortés desde lejos, con la esperanza de ser vistas en algún momento. Era un hombre conocido y codiciado, algo mayor, con una gran sensibilidad y don de gentes que allá por donde iba, era querido. La mayoría de las mujeres no sabían que se había vuelto a enamorar, era discreto y respetuoso, y por ello algunas se ilusionaron cuando le vieron aparecer en la fiesta. No solía dejarse caer por encuentros tan multitudinarios, pero aquella era una oportunidad perfecta por dos motivos. Uno, «formalizar su noviazgo» ante ciertos conocidos y algunos socios del pasado. Era un nombre tradicional, deseaba tener una compañera así desde hacía muchos años. Dos, imaginaba que Luisa deseaba conocer a su nieto, y él quería conocer a la suya cuanto antes, por eso le pareció divertido presentarles en un palacio. Ella le había contado que la chica era pura magia, bondad e inteligencia, quiso conocerla sin excusas. Y presentársela a Abel, por supuesto.

Los dos nietos también se miraron y se sonrieron inmediatamente, sintiendo una conexión profunda a medida que ellos dos se aproximaban. Sus abuelos estaban exultantes, eufóricos porque por fin había llegado aquella cita doble que les había tenido muchos ratos entretenidos y emocionándose. Hablando de sus nietos cualquier abuelo se siente feliz.

—Querida, estás pletórica. Y tu nieta como no podía ser de otra forma, es un ángel caído del cielo.

—Ya lo creo abuelo —Abel no tardó en acercarse para darla dos besos lentos en las mejillas, ahora algo sonrosadas.

Bárbara no podía creerlo, aquel chico con aire bohemio la cautivó desde la primera sonrisa. Jamás había sentido eso, y tenía que ser allí, con su nueva abuela del brazo y bebiendo cócteles en un increíble palacio. No quería despertar nunca de ese sueño.

El miedo de que el chico no la gustara se disipó al instante, y Luisa se dio cuenta de que ese era su «as en la manga»; la tercera condición era tener libertad para marcharse si no le gustaba el nieto, y ahora ambas se sonreían sabiendo que todo estaba bien.

—Mi amor, habéis llegado tardísimo, pero por una vez lo agradezco. Hemos disfrutado mucho las dos aquí y nos ha dado tiempo a contarnos algunas cosas interesantes. Esto es precioso, gracias por la invitación.

—Sí, disculpadnos pero el retraso era inevitable. Luego te contaré en privado, pero ¡venga!, ¡subamos arriba!, veréis que manjares van a servir. Después de la cena podremos disfrutar de los jardines traseros, tocarán música de cámara.

—Eso suena muy aburrido abuelo, seguro que nosotros encontraremos algo mejor que hacer—

dijo Abel rápidamente tomando la mano de la nieta con total naturalidad, como si se conocieran desde siempre—. ¿Te gustan los libros Bárbara?

—Vivo rodeada de ellos, me apasiona leer.

—Mi abuelo me ha contado que en la última planta de este sitio hay una enorme biblioteca, podríamos asaltarla —y guiñó un ojo a la chica que ahora tenía los suyos abiertos de par en par. La ilusión se había apoderado de su cara.

—¡Este muchacho es incontrolable! —dijo el abuelo de repente con una mirada condescendiente y una incipiente sonrisa de orgullo—. ¿Te he contado Luisa que a sus padres casi les da un infarto cuando les dijo que dejó sus estudios en la universidad?

—No, aún no sabía ese detalle querido... —los cuatro comenzaron a andar por aquel lugar abriéndose paso entre una multitud que observaba curiosa.

—Pues sí, abandonó la Trinity College de Dublín para venirse a España a estudiar Filosofía, de repente y sin contar con nadie ¿puedes creerlo?

—Lo creo sí, saldrá a alguien que yo conozco bien...

La noche transcurrió entre risas y confesiones, los abuelos jamás habían tenido una cita como aquella, tan idílica y completa, con sus nietos bromeando a su alrededor, como chiquillos emocionados que juegan a ser mayores.

Luisa sentía cómo su espíritu se encontraba ahora renovado, tranquilo y pleno, junto al nuevo amor de su vida. Además, el conseguir sentirse abuela, aunque fuera por unos días, la había llenado de gratitud. Aquella noche se sentía una verdadera princesa y todo fue perfecto. Miro a las estrellas, y como siempre, se sintió dichosa con su existencia. No temía, el presente había sido su hogar desde hacía mucho tiempo, y había aprendido a no dar valor al futuro, puesto que era algo inexistente. Pero había una cosa que sí que le pedía a la vida en ese instante, que incluso le hizo cerrar los ojos por un momento bajo aquel cielo tan iluminado a modo de súplica. Que aquella niña de ojos enormes y valiosa forma de escuchar, no desapareciera para siempre con las campanadas, dejando atrás un zapato que no sintiera como suyo o no le encajara del todo en realidad.



ACERCA DE LA autora

No me apetecía contar lo de siempre, el año en que nací, mis gustos, qué libros he publicado y demás datos que pueden verse fácilmente en internet. Si tienes curiosidad y deseas saber algo más de mí, puedes visitar mi blog EltrendelaMusa.com o pasarte por mis redes sociales.

En cambio, había algo que sí necesitaba compartir en este libro pero que tampoco quería que fuese de una forma tradicional, a través de una introducción o un prólogo. Así que he decidido contarlo en este espacio, al final de un libro que si te ha gustado, seguro querrás acabar del todo. Y es que, estas palabras finales, cierran un ciclo. Porque pocas veces me ha costado tanto terminar una obra, poner un punto y final y publicarla. Faltaban palabras que supongo creía necesarias para mi propia comprensión personal.

Este es mi primer libro de relatos y en medio de esta pandemia mundial que está arrasando con tantas cosas, está mi agonía. Una etapa personal intensa y una imposibilidad de aguantarme a mí misma sin precedentes, que me ha llegado a desesperar, son el marco en el que se han escrito estas páginas. Tenía que expresarlo así, querer ocultarlo es lo que me estaba obstaculizando para sentirlo terminado por fin. No conseguía escribir más de dos líneas “acerca de la autora” y rápido borraba con ansiedad frunciendo el ceño y soltando tacos entre dientes. «¿Por qué no puedo hacerlo? El libro terminado y a la espera de maquetar y a mí no me fluyen unas pocas palabras con las que despedirlo...». Ahí me di cuenta de que no quería contar ninguna banalidad, solo la verdad. Que las historias que componen este pequeño libro dedicado al ser más importante de mi vida, han nacido todas en este año 2020 tan revuelto para mí. En esta época tan convulsa en la que la creatividad me persigue incansablemente, sin respiros, ahogándome en el momento más inoportuno, mientras cuido a tiempo completo de mi hija pequeña, y el reloj corre día tras día sin

darme mucha tregua para sentarme tranquila a teclear. Pero claro, tras un confinamiento y en plena crisis existencial que me hallo, sin casi ayuda entre diario (crianza que elegí yo misma, dicho sea de paso), con un montón de trabajo por hacer, y decenas de objetivos incumplidos, la ansiedad se abre paso sigilosamente por la puerta de atrás.

Podría haberme dado por tener un bloqueo típico de escritor, pero no, mi mente crea sin descanso sea la hora que sea. Así que lo he escrito a intervalos, cuando llegaba mi marido de trabajar por la tarde-noche, antes de empezar con los baños y las cenas, o de día, con el culo siempre medio despegado de la silla porque mi hija me reclama constantemente.

Mientras tendía la ropa, limpiaba, jugaba con ella, hacíamos bizcochos, intentaba sentarme a ratos; pero podía ocurrir que por momentos la tuviera detrás tocando la armónica y dando palmas, o cantando a gritos sentada a mi lado y pintando con sus acuarelas.

Es normal, tiene 4 años recién cumplidos, una imaginación abrumadora que demuestra sin cesar y es un torrente incontrolable de alegría y voces. Sólo quiere jugar con mamá, a todas horas. Y es un increíble espejo que me enseña a diario, como un brutal maestro de esos que te sonrían con los ojos brillantes después de cada lección y que jamás se olvida. Y un crudo reflejo que a veces, no gusta. Cualquier padre o madre lo sabe. Me ha hecho verme tal cual soy, ver cómo estoy llevando esta etapa tan compleja. Me he visto obligada a corregir la dirección cuando he estado a punto de caer al precipicio: poca paciencia, algún que otro grito, emociones contenidas... Gracias a ella, en parte, me he descubierto. Desaprender y caminar descalza volviendo por el mismo sitio por donde antes pisaba con botas de montaña, ha sido mi principal función. Su carácter, ternura y bondad, me ha ayudado a conseguirlo, porque es un regalo de la vida y una niña adorable la miro por donde la miro. Me tiene totalmente fascinada y ni mucho menos siento infelicidad por esto que confieso ahora, son etapas y cosas de la vida y normalizarlo, contar la mezcla de lo bello y lo duro de mi maternidad unida a mi naturaleza escritora, me hace sentir bien. Me consta que no soy la única que ha tenido que lidiar con cosas por el estilo en estos últimos tiempos.

Es lo único que me apetecía escribir para este punto y final que ya se

aproxima, solo lo que hemos estado viviendo en el transcurso del libro. Tantos meses sin colegio, con tanto caos y confusión fuera (y también en mí), debía formar parte del texto. Ya estaba acomodada en lo fácil, habituada a estar sola escribiendo y, francamente, después de tres años juntas sin separarnos para nada, no me creía poder tener tiempo frente a la pantalla sin ser interrumpida. Pero pasó lo que pasó y ha sido complejo completar cada historia así.

Aunque ahora más que nunca veo, que el factor tiempo, la constante queja de no tenerlo, es una burda excusa. Si se quiere, se puede. Como sea y en las circunstancias que se den en la vida... Compartir estos sentimientos forma parte de mi proceso. De mi desnudo integral conmigo misma, libro a libro, página tras página... Así que, y por terminar de desarrollar estos primeros meses del año tan incómodos, imagina el panorama. Si mezclas las ganas y el espíritu irreverente de una niña como ella, con la época más dura de una mujer de 44 años como la que vas intuyendo que puedo ser yo, tienes un cóctel de aúpa. Aun así, cada personaje de estos relatos brotaba de mí con fuerza y decisión, sin bloqueos, sin energías estancadas, esperándome a la vuelta del pasillo con paciencia, hasta que tuviera la oportunidad de ser materializado en la hoja en blanco. «¡Eh! sigo aquí, tranquila no me voy a marchar. Tú sigue a lo tuyo"...».

Amo escribir historias, me siento novelista desde niña, aunque realmente no he conseguido aún terminar ninguna de las que he comenzado. Tengo tres novelas en el cajón desde hace años, bueno en realidad son archivos de Word que conservo en Google Drive, pero queda más literario lo del cajón...«Ya queda poco, pero todo tiene su momento Sonia», me digo cuando ocurre, cuando me da un vuelco el corazón si alguno de mis adorados personajes me asalta al meditar en silencio; o cuando escucho música, o voy a comprar y alguno me acompaña, o viene a visitarme en medio del insomnio, o simplemente cuando me miro al espejo y agradezco a la vida la fortuna que tengo porque todo lo que me ha entregado, simplemente es perfecto. Todo, incluso lo que peor me ha hecho sentir, es como debe de ser. Me ha llevado mucho tiempo comprender esto...

Me es imposible parar de escribir, es como respirar, un acto vital e inevitable. Incluso esto me costaba aceptarlo. Así que lo hago pese a todo, pase lo que pase en mi vida, yo siempre estoy escribiendo.

Es muy curioso, pero pocas veces en mi existencia me he sentido sin lucidez, sin impulso para crear. Y eso es algo que me hace encontrarme verdaderamente plena y cuerda.

Ahora sí, me quedo a gusto con este final. Contando lo importante para mí, el caldo de cultivo en el que se ha preparado cada una de las vidas de estas historias que has leído. Esas que me han elegido para ser escritas, las que más me han enseñado y me han hecho aprender algunas cosas que todavía no sabía. Entre otras, que todo puede relatarse, todo puede escribirse ocurra lo que ocurra. Incluso lo que una misma jamás hubiera pensado poder compartir, pero que siempre ha formado parte del caudal imparable que es la bendita inspiración.